

SAGRADA CONGREGACION DE RITOS
SECCIÓN HISTÓRICA 145

DIÓCESIS DEL PUY

SOBRE LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

DEL SIERVO DE DIOS

HERMANO POLICARPO

(GONDRE)

SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DE HERMANOS DE
LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA DEL SGDO. CORAZÓN DE JESÚS
(† 1859)

POSITIO

REDACTADA DE OFICIO SOBRE LA INTRODUCCIÓN DE LA CAUSAY SOBRE
SUS VIRTUDES

IMPRESA POLÍGLOTA VATICANA MCMLXVIII
DIÓCESIS DEL PUY

SOBRE LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DEL SIERVO DE DIOS

HERMANO POLICARPO

(GONDRE)

ANEXO
BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN
DEL SIERVO DE DIOS
HERMANO POLICARPO (GONDRE)
SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DE LOS HERMANOS DE LA
INSTRUCCIÓN CRISTIANA DEL SGDO. CORAZÓN (†1859)

INFORMACIÓN

DEL REVERENDO PADRE RELATOR GENERAL DE LA CAUSA DEL SIERVO DE
DIOS JUNTO CON LOS DOCUMENTOS REFERIDOS A ELLA

El Siervo de Dios, Hno. Policarpo, en el siglo Jean-Hippolyte Gondre, tercer Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón, nace el 21 de agosto de 1801, en Les Héritières, cerca de La Motte-en-Champsaur (departamento de Hautes-Alpes), y muere en Paradis, cerca del Puy-en-Velay, el 9 de enero de 1859. Pertenece al nutrido grupo de almas selectas dedicadas a la reconstrucción religiosa y moral de Francia, especialmente en el campo de la enseñanza, durante la primera mitad del siglo XIX. Llegado al gobierno de su Congregación en un momento bastante crítico (13 de septiembre de 1841), siendo el primero de los religiosos en desempeñar dicho cargo, en breve tiempo la elevó a un nivel de formación y organización tal que mereció ser considerado como su *segundo Fundador*. De hecho, el período de su gobierno (1841-1859) representa la edad de oro del Instituto: el número de Hermanos pasó de 59 a 400, y sus obras se extendieron no sólo por el centro de Francia, sino también por los Estados Unidos de América. Cuando en 1929-1930, fue iniciado el proceso informativo de

beatificación y canonización, los Hermanos de la Congregación del Sagrado Corazón y los admiradores del Siervo de Dios saludaron el esperado acontecimiento con gran júbilo.

La presente «*Informatio*» está distribuida, como de costumbre, en los siguientes cinco capítulos:

- I. Historia de la Causa.
- II. Trabajo de la Sección Histórica.
- III. Ojeada a la documentación.
- IV. Datos biográficos del Siervo de Dios.
- V. Dudas planteadas a los Consultores históricos.

I.- Historia de la Causa

Tras la muerte del Siervo de Dios, Hno. Policarpo Gondre, acaecida el 9 de enero de 1859, todos los Hermanos, empezando por los asistentes generales de la Congregación, manifestaron unánimemente la fama de santidad de que gozaba entre ellos. Con el paso de los años, esa idea, no sólo no desapareció de los labios y de los escritos de los religiosos, sino que se conservó inalterable y encontró nuevas manifestaciones. Sin embargo, el Proceso ordinario no se instruye hasta las fechas comprendidas entre el 4 de febrero de 1929 y el 23 de diciembre de 1930, es decir, entre 70 y 71 años después de su muerte, cuando ya no se podía oír a testigos «de visu» válidos a efectos de un testimonio abundante y fidedigno.

El hecho, no obstante, tiene una explicación. Conviene recordar que las condiciones, tanto de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón como de la nación francesa, en este lapso de tiempo, no eran las más favorables para poner en marcha los pasos de un proceso canónico sobre la fama de santidad, virtudes y milagros del Siervo de Dios. En efecto, la Congregación, después de la muerte del Hno. Policarpo, pasa por una fase de ajuste legislativo hasta 1874 –año en que lo lleva a término su sucesor– y permanece todavía durante mucho tiempo como congregación de derecho diocesano. Además, las condiciones político-religiosas de Francia en los últimos treinta años del siglo pasado, se caracterizaron por la lucha de gobiernos anticlericales y masónicos contra las congregaciones religiosas, especialmente las de enseñanza, una de las cuales era precisamente el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, creándose así un ambiente no sólo poco favorable, sino excesivamente agitado y revuelto como para disponer de la tranquilidad necesaria, requerida en la negociación de un proceso de beatificación y canonización.

A pesar de todo, en este período encontramos también claras señales no sólo de veneración hacia el Siervo de Dios, sino incluso deseos de obtener su glorificación. El año 1893, después de un decenio de preparación, sale a la luz una extensa biografía; los autores intentaban seguir manteniendo vivo el recuerdo del Siervo de Dios y estimular, con su ejemplo, la formación de los Hermanos en tiempos extremadamente delicados.

Habían transcurrido ya 43 años desde su muerte cuando los superiores generales de la Congregación decidieron dar los primeros pasos para poner en marcha definitivamente el Proceso informativo. En la sesión del 30 de julio de 1902, el Consejo General se congratulaba por el feliz resultado del viaje a Italia del Superior, Hno. Pablo (1900-1906), con relación al «proyecto de introducir en Roma la Causa de beatificación del Hno. Policarpo» (cf. Consejo General 1887-1918, p.63, ms., Arch. gen, SC, Roma). E inmediatamente, con el fin de acumular documentos útiles al negocio emprendido, se toma la medida de solicitar a los contemporáneos del Siervo de Dios que pongan por escrito sus recuerdos e impresiones personales (cf. Doc. XXIII, XXIV, pp. 469-484). Desgraciadamente, se debió aplazar el proyecto del Proceso apenas esbozado. Por los decretos del 18 y el 24 de marzo y del 26 de junio de 1903, dados por el gobierno francés, fueron disueltas las congregaciones religiosas de enseñanza que aún no habían recibido la autorización definitiva; al año siguiente, esta sectaria medida fue extendida también a las congregaciones provistas de autorización, medida que alcanzaba de lleno a los Hermanos del Sagrado Corazón. La Curia General permaneció durante algún tiempo en Francia, pero después del Capítulo General de 1906 se trasladó a Rentería (España). Esta incómoda situación se agravó durante la primera conflagración mundial de los años 1914-1918.

Finalmente, la celebración del centenario de la fundación de la Congregación (1821-1921) puso de nuevo sobre el tapete la figura del Siervo de Dios. Habida cuenta del concepto de santidad que de él se tenía, durante las numerosas conmemoraciones históricas celebradas tanto en Francia como fuera de ella, salía espontáneamente resaltada su persona sobre todas las demás, incluida la del mismo padre fundador (cf. Documento XXV, 2, páginas 492-494). Como consecuencia de esta rememoración centenaria, las virtudes del Siervo de Dios resplandecieron con mayor fulgor a la vista de todos, y se reavivó y generalizó el deseo de retomar su proceso de beatificación y canonización para llevarlo cuanto antes a buen término. Sintonizando con el sentir de la mayor parte de los Hermanos, el Superior General de aquella época, Hno. Albéric, se entregó con ardor a la tarea y preparó una moción para presentarla al Capítulo General

de 1925, en la cual proponía un inmediato inicio de la causa. Y, de hecho, gracias al trabajo incansable y tenaz del nuevo Superior General, Hno. Urcize (1925-1937), en breve lapso de tiempo se consiguió el objetivo propuesto. El 16 de agosto de 1927, bajo la presidencia de Mons. Norbert Rousseau, obispo del Puy-en-Velay, tenía lugar la exhumación de los restos mortales del Siervo de Dios (cf. Doc. XXVIII, pp. 515-517); el 9 de abril del año siguiente, el Consejo General de la Congregación nombraba al Hno Albéric postulador de la causa; y el 6 de junio, Mons. Rousseau publicaba una ordenanza solicitando la búsqueda de los escritos.

Después de estos trabajos preparatorios, el Proceso informativo se desarrolla entre el 24 de enero de 1929 y el 23 de diciembre de 1930. De los diecisiete testigos presentados, sólo tres habían conocido al Siervo de Dios, pero siendo niños y, además, eran ajenos a la Congregación. Tanto el Proceso ordinario como el *Processiculus diligentiarum* fueron abiertos ante la Sagrada Congregación de Ritos el 13 de marzo de 1931; mientras tanto, sin embargo, habiendo sido instituida el 6 de febrero de 1930 nuestra Sección Histórica, la causa del Siervo de Dios cayó dentro de su competencia. El decreto sobre los escritos fue promulgado el 20 de noviembre de 1940, pero más tarde, el 21 de octubre de 1965, al encontrarse otros escritos, se emitirá un segundo decreto.

II.-Trabajo de la Sección Histórica

El material presentado en la Sección Histórica para redactar *ex officio* la correspondiente *Positio* sobre la introducción de la causa y sobre las virtudes era más bien escaso. Concretamente:

1) *Copia Publica* del Proceso ordinario (de sólo 337 folios), en la cual estaban incluidas cinco cartas de los asistentes generales notificando la muerte del Siervo de Dios, cuatro memoriales y algunos documentos relativos a las gracias atribuidas a su intercesión;

2) un volumen con los escritos del Siervo de Dios;

3) su biografía, escrita por los Hnos. Eugène y Daniel e impresa en 1893.

Además, el postulador de la causa presentó la partida de nacimiento, el texto de las Reglas de la Congregación con la aprobación de los obispos, dos circulares – una del Siervo de Dios y otra de los asistentes generales– enviadas a los Hermanos durante su última enfermedad y, finalmente, los testimonios de algunas gracias.

La Sección Histórica requirió el parecer de un Consultor a propósito de la trascendencia y valoración histórica de la documentación, y el juicio expresado fue

bastante halagüeño: «La seguridad para el desarrollo de la Causa –se lee en el voto del Consultor– la encontramos en la documentación histórica ofrecida por la Postulación, siendo esta bastante buena (...). Después de las consideraciones anteriores, creo que, para el desarrollo de la Causa, según las exigencias de la crítica histórica, disponemos de una base realmente segura y que promete resultado feliz».

No obstante, un examen ulterior más profundo nos hizo comprender la necesidad de ampliar las investigaciones históricas y archivísticas para iluminar mejor la personalidad del Siervo de Dios y llenar algunos vacíos hallados en los testimonios de los testigos del Proceso, que no quedaron suficientemente ilustrados a causa de la escasa documentación por ellos presentada. El trabajo fue confiado a nuestro Ayudante en el trabajo, Mons. Giovanni Papa, el cual, tras una paciente y larga labor de investigación, valiéndose de la activa cooperación del Hno. Stanislas, Secretario General de 1952 a 1964 y actualmente Archivero General, y de Giovanni Bourke (a quien ofrecemos desde estas páginas nuestro agradecimiento más sincero), consiguió llevar a feliz término la presente *Positio*.

Nuestra primera preocupación fue la de adjuntar a la causa la documentación adquirida. Mons. Papa estuvo particularmente acertado en las investigaciones que personalmente llevó a cabo en algunos archivos de Roma, destacando las realizadas en el archivo general de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón, donde localizó los títulos de enseñanza del Siervo de Dios junto con algunos anexos complementarios, las actas de la toma de hábito y de la profesión religiosa, otras referentes a su elección como Superior General de la Congregación y a su gobierno, así como varias cartas de los Hermanos, autorizaciones legales, Reglas, Estatutos, etc.

Todo este material ha sido posteriormente utilizado para conocer su personalidad, enfocar mejor el marco de su gobierno y para documentar la tradición constante, jamás interrumpida, de su fama de santidad. Incluye aún otras noticias útiles para el estudio de las Reglas del Instituto preparadas por el Siervo de Dios, halladas en los archivos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y de las Hermanas de Jesús María, fundadas, al igual que los Hermanos del Sagrado Corazón, por el sacerdote André Coindre.

Además, las investigaciones se extendieron a los archivos eclesiásticos y civiles de numerosas localidades de Francia con las que tuvo alguna relación el Siervo de Dios. Esta tarea fue confiada al Hno. Alphée (Lauréat Tousignant), que conocía bien la figura del Siervo de Dios y había seguido de cerca el desarrollo de la causa. Con precisas

instrucciones, y provisto de una minuciosa lista de los archivos episcopales, parroquiales, departamentales y ministeriales a consultar, diligentemente preparada por Mons. Papa, hizo dos largos y extensos viajes a Francia: el primero, en los meses de abril-junio de 1956 y el segundo, en junio del año siguiente, 1957.

Como es evidente, las indagaciones principales debían desarrollarse sobre todo en dos lugares: en «Paradis», casa general de la Congregación en tiempo del Siervo de Dios y lugar habitual de su morada, y en la cercana ciudad episcopal del Puy-en-Velay. Aquí tuvo, de nuevo, la confirmación de que el archivo diocesano había sido destruido por un incendio en 1880 y que, por tanto, carecía de documentos anteriores a esa fecha. En Paradis, en cambio, las investigaciones de nuestro colaborador fueron más fructuosas porque, además del acta civil de defunción del Hno. Policarpo, conseguida en el archivo municipal de Espaly-St-Marcel, se pudo llevar a Roma varios antiguos registros de la Congregación con algunas cartas circulares del Siervo de Dios. Visitó también personalmente todos los archivos señalados por la Sección Histórica, como consta por fidedignas declaraciones de los directores de los mismos.

En líneas generales, el resultado de las indagaciones, que en parte ya habían sido realizadas por otros, fue negativo, a excepción de una información obtenida de la academia de Grenoble. También fueron consultados el archivo episcopal de Dubuque, USA, sede de la primera fundación del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón en los Estados Unidos de América, y el de la casa que la Congregación posee en la pequeña ciudad de Rentería.

No excluimos que en el futuro pudieran salir a la luz otros documentos, pero teniendo en cuenta la amplitud y diligencia de nuestras indagaciones en diversos archivos, creemos estar en condiciones de afirmar que difícilmente cambiarían el cariz sustancial de la *Positio*. Precisamente en estos días, después de imprimir el texto de la documentación, ha sido encontrada, por casualidad, en el archivo general de los Clérigos de San Viator en Roma (segn. P. 4815 B), una breve carta autógrafa del Siervo de Dios dirigida al P. Charles Faure (12 de octubre de 1848), quien abandonó temporalmente dicha congregación para fundar otra de hermanos educadores y agricultores. Habiéndole consultado el P. Faure, si verdaderamente el joven Pierre Chautard –que pedía ser admitido en su nueva congregación– se había salido de los Hermanos del Sagrado Corazón, el Siervo de Dios le contesta afirmativamente, y precisa, además, que «hizo trámites para ser recibido nuevamente entre nosotros, pero tenemos por regla que, a alguien que sale de la Congregación, ya no se le vuelve a admitir»; y hace votos para que en el nuevo instituto «no falte nunca a la obediencia que reciba de sus superiores».

Para hacerse una idea de la enorme labor investigadora desarrollada en la elaboración de la presente *Positio*, baste pensar que han sido consultados 93 archivos y bibliotecas, repartidos en 69 ciudades. Los de Roma y de la Ciudad del Vaticano han sido personalmente examinados por Mons. Papa; los demás, por los colaboradores externos de la Sección Histórica. En la lista siguiente, hemos escrito en letra cursiva los archivos que nos han proporcionado algún documento o alguna información utilizada en nuestro trabajo; cuando se cita un texto extraído de la documentación, damos entre paréntesis el documento de referencia.

1. AIRE:

Archivo episcopal.

2. AUGEROLLES:

Archivo parroquial.

3. AUMONT:

Archivo parroquial.

4. AUZON:

Archivo parroquial.

5. BROQUIÈS: Archivo parroquial.

6. CAHORS: Archivo episcopal.

7. CHAISE-DIEU: Archivo parroquial.

8. CHAUDESAIGUES: Archivo parroquial.

9. CHIRAC: Archivo parroquial.

10. CIUDAD DEL VATICANO:

* *Archivo de la Sagrada Congregación para la Propaganda de la Fe* (Doc. XXII, par. 1^a, cap. 15, n^o 1);

* *Archivo de la Sagrada Congregación de Religiosos;*

* *Archivo de la Sagrada Congregación de los Obispos y Clérigos Regulares;*

* *Archivo de la Sagrada Congregación del Concilio* (Doc. IX, intr.).

* *Archivo de la Sagrada Congregación de Ritos.*

11. CLERMONT-FERRAND:
Archivo departamental: Fondo de la Academia;
Archivo episcopal.
12. COURBON: Archivo parroquial.
13. DUBUQUE (Estados Unidos de América):
Archivo episcopal.
14. DUNIÈRES: Archivo de la casa de los Hnos. del Sgdo. Corazón;
Archivo parroquial.
15. ÉGLETONS: Archivo parroquial.
16. ESPALY-ST-MARCEL:
Archivo municipal (Doc. XV, 1);
Archivo de los Hnos. del Sgdo. Corazón en Paradis;
Archivo parroquial.
17. GAP: Archivo departamental;
Archivo del seminario mayor;
Archivo episcopal (Doc. XXII, par. 1ª, cap. 1º, nº 9).
18. GRENOBLE: *Archivo departamental: Fondo de la Academia* (Doc. II, intr.);
Archivo de la prefectura; Archivo episcopal.
19. ISPAGNAC:
Archivo parroquial.
20. LACAPELLE-MARIVAL:
Archivo parroquial.
21. LALBENQUE: Archivo parroquial.
22. LA MOTTE-EN-CHAMPSAUR: *Archivo municipal* (Docc. I; XXII, par. 1ª, cap. 1º, nº 9); *Archivo parroquial* (Docc. I, intr.; III, intr.; XXII, par. 1ª, cap. 1º, números 9, 10).

- 23.- LARAJASSE: Archivo parroquial.
- 24.- LAUZERTE: Archivo parroquial. 25.- LEMPDES: *Archivo parroquial.*
- 26.- LE PUY-EN-VELAY: Archivo departamental; Archivo del seminario mayor; Archivo episcopal.
- 27.- LYON: Archivo del arzobispado; Archivo departamental: Fondo de la Academia; Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
- 28.- MARVEJOLS: Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
- 29.- MASSONVILLE: Archivo parroquial.
- 30.- MENDE: Archivo episcopal.
- 31.- MEYSSAC: Archivo parroquial.
- 32.- MONTFAUCON: Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón. 33.-
- MONTON: Archivo parroquial.
- 34.- MONTPELLIER: Archivo episcopal.
- 35.- MOULINS: Archivo episcopal.
- 36.- NEUVIC D'USSEL: Archivo parroquial.
- 37.- NEVERS: Archivo episcopal.

38. NÎMES: *Archivo episcopal.*
39. OLORON: Archivo de la parroquia de Nuestra Señora.
40. ORLÉANS: Archivo episcopal.
41. PARIS:
Archivo del ministerio de defensa nacional y de las fuerzas armadas: Sección de Marina: «Administración de la Inscripción marítima de El Havre» (Doc. XXII, par. 1ª, cap. 10, nº 20). Archivo del ministerio de educación nacional; Biblioteca nacional.
42. PÉRIGUEUX: Archivo episcopal.
43. POLMINHAC: Archivo parroquial.
44. PONT-DU-CHÂTEAU:
Archivo parroquial.
45. RENTERÍA (España):
Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
46. RIOTORD: Archivo parroquial.
47. RODEZ: Archivo episcopal.
48. ROMA: * *Archivo de la Curia General de los Hermanos del Sagrado Corazón: Docc.I, intr.; II, 1, 2; III, 1, 2, 3; IV, 1, 2; V, 1, 2, 3; VI; VII, 1, 2; VIII; IX, intr..partes diversas en las notas, Apéndice, 2; X; XI, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 a, b, 8; XII; XIII, A, 1-11, B, C, 1-14; XIV; XV, 2; XVI, 1, 2, 3; XVII; XVIII, 1, 2, 3; XIX, 1, 2; XX; XXI; XXII, intr y en diversas partes en las notas; XXIII; XXIV, 1 intr., nº 2; XXVII, intr.; XXVIII, 1; XXIX, 1, 2 a, b, c; XXX, en diversas partes en las notas;*
* *Archivo de la Curia General de los Hnos. de las Escuelas Cristianas: Doc. IX, intr.;*
* *Archivo de la Curia General de las Hermanas de Jesús-María: Doc. IX, intr.;*
Archivo de la Curia General de los Hermanos Maristas;
Archivo de la Curia General de los Clérigos de San Viator.

49. ST-ALBAN: Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
50. ST-BONNET: *Archivo municipal* (Doc. I, *intr.*)
51. ST-CHÉLY D'APCHER: Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
52. ST-CÔME (Aveyron): Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
53. ST-FLOUR: Archivo episcopal.
54. ST-GERMAIN LEMBRON: Archivo parroquial.
55. ST-JEAN DE FOS: Archivo parroquial.
56. ST-JULIEN-CHAPTEUIL: Archivo parroquial.
57. ST-JUST-MALMONT: Archivo parroquial.
58. ST-LÉON D'AUGET: Archivo parroquial.
59. ST-MAURICE DE LIGNON: Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón.
60. ST-PAL-DE-MONS: Archivo parroquial.
61. ST-ROMAIN LACHALM: Archivo parroquial.
62. ST-ROME DE TARN: Archivo parroquial.
63. STE-SIGOLÈNE: Archivo de los Hermanos del Sagrado Corazón; Archivo parroquial.
64. SERVERETTE: Archivo parroquial.

- 65.- SIAUGUES ST-ROMAIN: Archivo parroquial.
66.-SULLY-SUR-LOIRE.Archivo parroquial.
67.- TULLE:Archivo episcopal.
68.- VALS:Archivo de los jesuitas;Archivo parroquial.
69.- VIEILLE BRIOUDE: Archivo parroquial.

III. Ojeada a la documentación

En la disposición de los documentos, se ha seguido el orden cronológico, como el más indicado para presentar adecuadamente la persona y la obra del Siervo de Dios. Su figura coherente encuentra la mejor ilustración por medio de la presentación gradual de los acontecimientos más sobresalientes de su vida.

Los treinta documentos de la *Positio* se dividen en dos grupos, que se obtienen al tomar como punto de referencia el certificado de defunción del Siervo de Dios.

El primer grupo comprende los documentos (I-XV) estrechamente relacionados con la persona y con la actividad desarrollada por el Hno. Policarpo, como miembro y como Superior General de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón. A la luz de los testimonios de su época, se puede profundizar, de alguna manera, en su alma, seguir su formación y valorar su labor decisiva en los primeros decenios del Instituto.

Respecto a la parte de su vida transcurrida en el mundo seglar, es de especial importancia el Documento II (páginas 6-12), complementado por el Documento V (páginas 24-34), que nos ilustra sobre el *Certificado de capacitación para la enseñanza primaria: tercer grado*, conseguido el nueve de octubre de 1822, en la Universidad de Grenoble, y sobre la autorización para abrir una escuela en su pueblo natal (La Motte-en-Champsaur) el seis de noviembre del mismo año. En 1837, aún añadía un segundo *Certificado de capacitación* de nivel superior. Ambos han sido analizados en el marco de la legislación escolar de la época.

Del acta de su profesión religiosa (21 de septiembre de 1829) se desprende un hecho singular, a saber: su admisión inmediata a la profesión perpetua sin que le hubiera precedido el habitual período de votos temporales (Doc. III, pp. 20-21).

Si esta circunstancia excepcional, verificada solamente en la persona del Siervo de Dios, hace ya resaltar su figura, esta adquiere un nuevo relieve en los documentos originales referentes a su designación como Superior General de la Congregación en un momento de grave crisis que amenazaba dar al traste con su existencia misma, crisis que el Siervo de Dios logró superar, particularmente en el campo espiritual, formativo e intelectual de los Hermanos, ayudado en el ámbito material y temporal por la activa cooperación del primer miembro de la Congregación, Hno. Xavier (Doc. VII, pp. 31-43). Sus merecimientos alcanzaron tal nivel que en 1846 fue reelegido –esta vez para toda la vida– como Superior General de la Congregación (Doc. VIII, pp. 44-46). El trabajo legislativo por él desarrollado durante los años de su gobierno, se trata con amplitud en la introducción al Documento IX, que aporta las Reglas aprobadas en 1846 junto a un estudio crítico sobre las fuentes, el método y el contenido de las mismas (pp. 46-113).

El Documento XI (pp. 110-144) trae a colación diversas informaciones relativas al capellán de la casa de «Paradis» y a la actitud del Siervo de Dios en sus desacuerdos con él. Como dicho capellán, sacerdote Jean Arnaudon, se había arrogado tal dominio sobre los Hermanos que a veces parecía ser el verdadero Superior de la Congregación, el Siervo de Dios fue acusado por algunos de debilidad. El problema ha sido analizado con cierta amplitud y se ha llegado a una conclusión ampliamente favorable al Siervo de Dios, quien demostró a la vez un gran equilibrio y mucha prudencia en las relaciones con el señor obispo del Puy-en-Velay, de quien dependía la Congregación, y que nos había recomendado el capellán.

Finalmente, los extractos de las cartas del Hno. Policarpo, precedidos de una introducción crítica, muestran con claridad su carácter afectuoso y sincero, siempre preocupado de impartir una formación firme a sus hijos y de promover en la Congregación un auténtico espíritu de familia (Doc. XIII, pp. 150-197). Los Documentos XIV-XV (pp. 197-201) nos informan de la última enfermedad y de la muerte del Siervo de Dios.

– El segundo grupo de nuestra documentación recoge los Documentos XVIXXX, referentes a la fama de santidad subsiguiente a la muerte del Siervo de Dios. Los autores de estos documentos, Hermanos coetáneos suyos, principalmente, encuentran en ellos un cauce para hablar con libertad y sin reticencias de las virtudes del Siervo de Dios, siendo considerado por todos como un auténtico modelo para los Hermanos del Sagrado

Corazón, pues esa es la conclusión que se obtiene con claridad meridiana al leer las cartas de sus sucesores en el gobierno de la Congregación, los cuales muchas veces y abiertamente le llaman «santo» (Docc. XVXXXI, pp. 201-224).

– La *Vida del Hermano Policarpo*, escrita por los Hnos. Eugène y Daniel (Doc. XXII, pp. 224-469) es, sin duda alguna, uno de los documentos fundamentales al objeto de demostrar sus virtudes, hasta el punto de que sin ella, difícilmente se hubiera podido iniciar el proceso de beatificación: de ahí que haya sido sometida a un severo y esmerado examen crítico.

En la amplia introducción (pp. 224-245), se ha procurado demostrar que los autores de la «Vida» –que salió en forma anónima unos treinta y cinco años después de la muerte del Siervo de Dios– aunque modifican a veces los textos, han salvado casi siempre lo esencial; es más, en los pocos casos en que esta aparece un poco alterada, el retoque no ha sido jamás hecho a favor de las virtudes del Siervo de Dios. Los ajustes han de atribuirse a la adaptación de los textos con fines literarios y, especialmente, a una cierta manía de variar, como ocurre en otras biografías de la época, pero jamás a una voluntad preconcebida de los autores, que no estaban, ciertamente, preparados para trabajos científicos. Como ellos habían tenido relación con el Siervo de Dios durante bastantes años y habían hablado continuamente con cuantos lo habían conocido, disponían de elementos suficientes para exponer sus virtudes; pero sobre todo se basaron en los escritos del mismo Siervo de Dios, con el objeto de captar en profundidad su espíritu a la luz de otras fuentes. Teniendo presentes todos los documentos de la *Positio*, parece evidente la conclusión de que los Hnos. Eugène y Daniel, autores de la «Vida», alcanzaron los objetivos que se habían propuesto, esto es, dar a conocer, por una parte, la importancia de la personalidad del Hno. Policarpo en la historia y en la vida de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón, y por otra, poner de manifiesto la excelencia de sus virtudes.

.– Entre los demás documentos, destaca el testimonio del Hno. Adelphe (Doc. XXIV, pp. 472-484), el cual, a pesar de haber sido escrito cuarenta y cuatro años después de la muerte del Siervo de Dios, no pierde en nada su valor ni su frescura inmediata, porque el autor refiere cuanto él mismo ve u oye, con circunstancias bien detalladas.

Tanto este testimonio, como los de otros religiosos que conocieron al Siervo de Dios (Docc. XX-XXII, pp. 217-472), a la vez que ponen de relieve las virtudes por él practicadas, son también expresión de su ininterrumpida fama de santidad, confirmada asimismo en diversas obras impresas (Doc. XXV, p. 485-494), entre las cuales destacamos las dos biografías del Siervo de Dios, publicadas por el Hno. Basilien en

1913 y en 1930, relevantes además por algunos episodios inéditos y por la relación de gracias atribuidas a su intercesión (Docc. XXVI-XXVII, pp. 494-515). .-El último documento se dedica a los extractos del Proceso ordinario, especialmente útiles para comprobar la fama de santidad (Doc. XXX, pp. 522-585).

IV. Datos biográficos del Siervo de Dios

El *curriculum* del Siervo de Dios se desarrolla casi enteramente en la primera mitad del siglo XIX; se abre, de hecho, en agosto de 1801 y se cierra en enero de 1859. Geográficamente se mueve, sobre todo, en los departamentos de Hautes-Alpes, Rhône y Haute-Loire con breves y periódicos episodios en otros lugares por obligaciones de su oficio. En su vida, se pueden distinguir tres períodos: el primero se refiere a su infancia y juventud en la región natal; el segundo, a su actividad en la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón hasta su elección como Superior General; y el tercero, a su gobierno.

1

Primer período: infancia y juventud (1801-1827)

El Siervo de Dios vio la luz en Les Héritières, grupito de casas poco distante de La Motte-en-Champsaur (Hautes-Alpes), el 21 de agosto de 1801. En el bautismo, recibido el mismo día, se le impusieron los nombres de Jean Hippolyte, pero en el trato habitual prevalece el segundo. Sus progenitores, Jean y Victoire Gonsalin, eran de condición modesta y obtenían del campo y de otros trabajos manuales lo necesario para vivir y sustentar a la familia; por otra parte, siendo muy piadosos, supieron dar al pequeño Hippolyte y a los demás hijos una sólida formación cristiana (Doc. I).

La infancia del Siervo de Dios transcurre en el nuevo clima Estado-Iglesia creado en Francia por Napoleón. Como en otras partes, también la iglesia parroquial de La Motte-en-Champsaur se ve ocupada de nuevo por un titular, el sacerdote Tribhaud, el cual restablece públicamente el culto que se había visto obligado a celebrar en secreto durante la tormenta revolucionaria. Así el pequeño Jean-Hippolyte pudo acudir frecuentemente a las ceremonias sagradas y participar en ellas de tal modo que

provocaba la admiración de los lugareños y públicos elogios del párroco. Durante la estación estival se dedicaba al cuidado del ganado y a las labores del campo.

El 9 de octubre de 1822 consiguió el «Certificado de capacitación para la enseñanza: tercer grado», expedido por la Academia de Grenoble. El 6 de noviembre siguiente, obtiene de su municipio la autorización para abrir una escuela, y de ahí en adelante, hace de la enseñanza a los pequeños la misión de su vida. Entre los 12 y 13 años, había manifestado el deseo de ingresar en el seminario para encaminarse hacia la vida eclesiástica pero, al parecer, fue disuadido por su propio párroco, ya que su familia no estaba en condiciones de sufragar los gastos. Ahora, al contacto directo con los niños, empieza a ver de cerca cuánto influye en sus almas una educación sana y cristiana; y sobre todo comprende que no es necesario el estado sacerdotal para poder ser apóstol y consagrarse enteramente y para siempre al Señor.

El joven maestro encontró estímulo y apoyo para el género de vida emprendida, en un seminarista contemporáneo suyo llamado Mamert Escalle, muerto en olor de santidad el 12 de abril de 1824. Las dos almas, muy unidas, fijaron la meta de sus aspiraciones en el servicio de Dios y en el desprendimiento de las cosas de la tierra. Fallecido el clérigo, Gondre continuó con su apostolado de la enseñanza pero sintiendo siempre, cada vez más vivo, el deseo de consagrar todas sus fuerzas a la educación cristiana de la juventud en una de las congregaciones dedicadas a este noble fin. Y así, en 1827, ingresó en la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón.

2

Segundo período: el religioso (1827-1841)

La elección de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón se debería a dos miembros de la misma, los Hnos. Bernardin y Ciprien, probablemente parientes suyos, al segundo de los cuales se le denomina también su «protector» (Doc. III, 1, p. 18). El Siervo de Dios atravesaba el umbral de la casa madre, en Lyon, el 27 de junio de 1827.

a) El origen de la Congregación y su época.

Los Hermanos del Sagrado Corazón fueron fundados en 1821 por el sacerdote lionés *André Coindre* (Doc.III, pp.12-16). Al principio intentó organizar una especie de orfanato para niños abandonados pero, más tarde, amplió el programa e instituyó una verdadera congregación religiosa consagrada a la instrucción de los niños,

particularmente en medios rurales y en pequeños centros, sumándose así a las numerosas congregaciones clericales y laicales que fueron características de la Francia posrevolucionaria, y que imitaron el modelo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de San Juan Bautista de la Salle.

La Restauración, en Francia, entendió que solamente una instrucción sana y fundada en los principios cristianos podía asegurar la reconstrucción de la patria e impedir que se repitiera la devastación revolucionaria. El nuevo clima, sostenido por leyes escolares que devolvían dignidad y decoro a la religión, favoreció notablemente la multiplicación y el afianzamiento de las nuevas congregaciones religiosas. En este plan de reconstrucción cristiana y social, se sitúa la múltiple y fecunda actividad de los fundadores, desde M. G. Joseph Chaminade hasta el Beato Marcellin Champagnat, o Jacques-François Dujarié, Basile Moreau, Gabriel Taborin, Jean-Marie-Robert de Lamennais y algunos más, verdaderos apóstoles de la reconstrucción francesa del siglo pasado.

b) Novicio y maestro de novicios

El Siervo de Dios es, justamente, uno de estos apóstoles. Su ingreso entre los Hermanos del Sagrado Corazón fue un regalo de la benevolencia divina, que les enviaba al que salvaría a la Congregación de una peligrosa crisis y la llevaría a un nuevo auge.

Tras un breve período de ambientación y prueba, Jean-Hippolyte Gondre toma el hábito religioso el 16 de septiembre de 1827 y elige como nombre de religión el de Hno. Policarpo (Doc. III, 2, pp. 19-20). Un par de acontecimientos importantes caracterizan, de modo singular, sus dos años de noviciado. Los biógrafos afirman que, en 1828, el Hno. Policarpo fue llamado a ejercer el importante cargo de maestro de novicios, lo cual demuestra la alta estima que en breve tiempo adquirieron de él los superiores. No solamente eso sino que, acabados los dos años de noviciado, los mismos superiores le admitieron a pronunciar los votos perpetuos en lugar de los usuales votos temporales, hecho que acaeció el 26 de septiembre de 1829.

De estas sencillas informaciones se obtiene la conclusión de que el Siervo de Dios había llegado del estado secular ya bastante formado espiritualmente, hasta el punto de sobresalir en seguida sobre todos sus compañeros y de permitir a los superiores confiarle tareas normalmente reservadas a los más expertos y a los más cualificados. El hecho es tanto más sorprendente cuanto que, en los dos años de noviciado, no pudo disponer de experimentados maestros o directores espirituales.

c) El restaurador

Durante los doce años que siguieron (1829-1841), el Siervo de Dios se convirtió en el auténtico restaurador y animador de la disciplina religioso-formativa de la Congregación. Veamos en síntesis cómo se desarrollaron los acontecimientos.

El «Pieux Secours» de Lyon, casa madre del Instituto, era propiedad del fundador André Coindre, y los religiosos eran simples arrendatarios. Fallecidos este (1826) y su madre (1827), el hermano del fundador, François-Vincent, se encontró ocupando el cargo de Superior de la Congregación y propietario del edificio al mismo tiempo. Durante la revolución de julio de 1830 cerró el noviciado. Además, a causa de las deudas contraídas, con perjuicio, incluso, para la Congregación, y por el poco empeño puesto en la formación y dirección de los religiosos, muchos abandonaron el Instituto. En 1836 F.V. Coindre estaba a punto de entregar la propiedad en manos de los acreedores y de abandonarlo todo. Pero precisamente en este año (1836) salió de la Congregación el Director General, Hno. Borgia, y fue llamado para sustituirlo el Hno. Xavier, el cual, con el objeto de librar a F.V. Coindre del agobio de los acreedores y de frenar su manía de construir, compró todo el «Pieux Secours» y asumió el compromiso de pagar las deudas. Además, para dar tranquilidad a la Congregación, en 1837 adquirió una finca denominada «Paradis» cerca del Puy-en-Velay (Haute-Loire). Al año siguiente trasladó allí el noviciado, siempre bajo la dirección del Siervo de Dios, y abrió un internado. Finalmente, viendo que F.V. Coindre continuaba creando dificultades, trató de evitar su injerencia en las finanzas de la Congregación; pero el Superior General, irritado, le cesó en el cargo de primer Asistente y de Director General en septiembre de 1840, confiándole dichos cargos al Siervo de Dios.

Para comprender debidamente el alcance de este nombramiento, es conveniente recordar algunos acontecimientos.

Disuelto el noviciado en julio de 1830, como se ha dicho, el Hno. Policarpo fue nombrado Director de la escuela de Vals, cerca del Puy-en-Velay, donde no sólo se consolidó como educador y religioso modelo sino que, durante los siete años que permaneció allí, se las arregló, incluso, para organizar un grupo de novicios que él formaba con sumo cuidado, convirtiéndose Vals de este modo en el principal centro de formación de los miembros de la Congregación. En la sesión del 26 de septiembre de 1835, el Capítulo General lo elige segundo Asistente de la Congregación (Documento IV, páginas 22-23). Con el fin de proveer convenientemente al saneamiento moral y formativo de los candidatos, recibe el mismo año el encargo de organizar en Vals un noviciado regular, y al año siguiente (1837), es llamado a Lyon y se le confía el

gobierno de los novicios hasta el momento en que estos son trasladados, en 1838, a «Paradis».

La acción formativa del Siervo de Dios se extiende también al internado y a todos los religiosos. Repitiendo lo que había hecho en Vals, el 2 de febrero de 1840 organizó la cofradía del Inmaculado Corazón de María, para dar a toda su labor un fundamento mariano (Doc.VI, pp. 30-31); y con el fin de conseguir una mejor preparación para la enseñanza en la escuela, el 1 de septiembre de 1837 obtenía un segundo *Certificado de capacidad*, de superior nivel y amplitud que el de 1822 (Doc. V, pp. 24-30).

Todo eso explica que, deseando marginar al Hno. Xavier, el Superior General llamase al Hno. Policarpo a sucederle como primer Asistente y Director General. Con calma y en silencio, en pocos años echará los sólidos cimientos de la reconstrucción religioso-formativa de la Congregación cuyo desarrollo promoverá durante el resto de su vida.

3

Tercer período: el Superior General (1841-1859)

El Capítulo, reunido en septiembre del año 1841, acepta la dimisión presentada por el Superior, François-Vincent Coindre, y el 13 del mismo mes procede a la elección del sucesor. En primera votación, y por unanimidad, resultó elegido el Hno. Policarpo para un período de cinco años. Aceptado el cargo –con evidente disgusto– por vez primera se ponía al frente de la Congregación un miembro de la misma. Se trataba del religioso más relevante: el que siempre y en todas partes hasta entonces había brillado por sus preclaras dotes espirituales, intelectuales y de gobierno. De carácter amable, equilibrado y prudente, ofrecía los mejores augurios de un porvenir seguro, próspero y fecundo...

El gobierno del Siervo de Dios se desarrolla en dos fases sucesivas:

a) *De 1841 a 1846*. En el momento de la elección, el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón atravesaba un momento bastante difícil. Al cabo de 20 años, los religiosos profesos eran apenas 59, no disponían de Reglas completas ni Constituciones propias y las finanzas eran catastróficas. Junto a estos problemas hubo otro que preocupó desde el primer instante al nuevo Superior: vigorizar la vida espiritual, fortalecer la disciplina y restablecer la mutua confianza entre los religiosos y el Superior.

Para alcanzar estas metas y poder captar personalmente las situaciones particulares, comenzó de inmediato la visita a todas las comunidades y envió frecuentes cartas circulares a los Hermanos. Estos esperaban sus visitas con verdadera emoción, y él, con el fin de contentarlos, se sometía a las duras fatigas que los viajes le suponían, hasta el extremo de llegar a caer gravemente enfermo en 1843. Velaba con solicitud paternal por la formación de los novicios, y sus esfuerzos se veían recompensados con el consuelo de ver multiplicarse los miembros del Instituto en modo tal, que cada año podía abrir nuevas casas.

El fundador, P. André Coindre, había dejado un esbozo de reglas, con algunas disposiciones destacadas, y un esquema de las constituciones. Su sucesor sólo pensó en reordenar estas últimas. Por lo tanto, la Congregación no tenía todavía, ni reglas definitivas, ni recogidas en un «corpus» impreso y al alcance de todos. Era necesario llenar lo antes posible esta laguna legislativa. El Siervo de Dios se dispuso a cumplir este trabajo.

En la circular del 8 de enero de 1843 invitaba a los Hermanos a enviarle los documentos más importantes que poseyeran al respecto. Recogido y analizado el material, en el verano del mismo año fue terminada la redacción de las reglas; estas fueron aprobadas previamente por los obispos en cuyas diócesis tenían casas los Hermanos del Sagrado Corazón, y en septiembre de 1846, fueron aprobadas por el Capítulo General. Siguiendo la idea del fundador, el Superior General se basó principalmente en el «*Resumen de las Constituciones*» y en las «*Reglas comunes*» de la Compañía de Jesús, así como en las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de San Juan Bautista de la Salle. La primera edición de las Reglas es de 1850.

En cuanto a los nuevos Estatutos, fueron aprobados, también, en el Capítulo General de 1846.

b) *De 1846 a 1859.* En 1846 finalizaba el quinquenio para el cual había sido elegido el Siervo de Dios y, por tanto, en septiembre del mismo año fue convocado un nuevo Capítulo General. Y nuevamente resultó reelegido por unanimidad en la primera votación, pero esta vez para toda la vida, aunque sólo aceptó el cargo después de que se lo impusieran en virtud del voto de obediencia. Así se observa, por una parte, la estima general de que gozaba y el reconocimiento oficial de la bondad de su gobierno; y por otra, la manifestación clara de la humildad del Siervo de Dios, al considerarse incapaz de cumplir la tarea que sus Hermanos le confiaban.

La formación espiritual de los religiosos ocupará también en esta nueva etapa de su gobierno el primer lugar entre sus prioridades.

Junto a las numerosas circulares –en las que inculca el amor a Nuestro Señor, a las Reglas, a la penitencia, a la caridad y a las demás virtudes fundamentales de la vida religiosa– eran de gran eficacia las cartas que, también varias veces al año, escribía a cada religioso en particular.

Multiplió y perfeccionó las agotadoras visitas a las comunidades y solamente en los últimos años, a causa de su delicada salud, se hizo ayudar en esta tarea por los dos asistentes generales. Desde 1846 a diciembre de 1858, se fundaron sesenta y cinco nuevas casas en Francia y, desde octubre de 1846, seis en los Estados Unidos de América.

El noviciado único de «Paradis» resultaba ya insuficiente; por este motivo, el Siervo de Dios, en 1852, abrió otro en Marvejols (Lozère), siendo trasladado cinco años después a Oloron (Bajos Pirineos). Estimuló no poco a los religiosos para que consiguieran todos los títulos de enseñanza que la ley exigía y favoreció la especialización de cada uno en su disciplina preferida. En junio de 1851, después de intensas e inteligentes diligencias, obtuvo del gobierno el reconocimiento jurídico de la Congregación.

La obra legislativa del primer quinquenio había resultado intensa y fructífera, pero faltaban aún las constituciones y los reglamentos particulares, y necesitaba revisar a la luz de las nuevas experiencias lo realizado hasta el momento. Con la finalidad de ultimar y perfeccionar el trabajo legislativo restante –además de las reglas de los directores (1854) y las de los religiosos encargados de los asuntos temporales– el Superior convocó un Capítulo General en agosto-septiembre de 1856. En este Capítulo, se mitigaron algunos artículos de la Regla, se rehicieron los Estatutos y se preparó un esquema general de las nuevas Constituciones. Las labores debían ser acabadas al año siguiente pero, por causas de fuerza mayor, los asistentes no lograron preparar a tiempo el material, y el trabajo quedó estancado en ese punto.

El gobierno del Siervo de Dios se vio algo afectado por un triste incidente ocurrido con el capellán de la casa general, sacerdote J. E. Arnaudon. Llegó este a Paradis, en un momento bastante crítico para la vida del Instituto, con la misión encomendada por el obispo del Puy de vigilar, incluso, su marcha general.

Cuando, posteriormente, accedió el Hno. Policarpo al cargo de Superior y se produjo una notable recuperación de la Congregación, dicho sacerdote, en lugar de retomar su función de capellán, pretendió asumir los poderes de un auténtico superior general, suscitando cierto malestar entre los religiosos, que deseaban su remoción a otro lugar. El Siervo de Dios, actuando con mucha prudencia y perspicacia, sin herir la

susceptibilidad del ordinario, y sin ofender al interesado, logró que este abandonara su habitación de Paradis y que acudiese allí solamente para desempeñar su misión de capellán.

Nos hemos referido anteriormente a la grave enfermedad contraída por el Siervo de Dios como consecuencia de las fatigas acumuladas durante sus visitas anuales a las comunidades. Más tarde, en los últimos años, el exceso de trabajo y sus habituales penitencias le debilitaron mucho. El 27 de diciembre de 1858 se vio obligado a guardar cama. Su grave y última enfermedad no fue larga; en el breve espacio de trece días, serenamente, como siempre había vivido, se aproximó hacia la muerte, sobreviniéndole esta en las primeras horas de la mañana del 9 de enero de 1859.

El dolor experimentado por su desaparición fue general y las manifestaciones de viva admiración por sus virtudes se multiplicaron, siendo de particular elocuencia las de los asistentes generales, inmediatos colaboradores suyos en el gobierno de la Congregación.

4

Fisonomía espiritual

Tras un atento y minucioso examen de la documentación obtenida, se vislumbra al Siervo de Dios como una persona sencilla y lineal, cristalina y repleta de espíritu sobrenatural en todas las manifestaciones de su actividad. Los acontecimientos de su vida se suceden con mucho orden y naturalidad, sin que aparezcan en ellos situaciones muy complejas ni puntos oscuros. Cuando los Hermanos afirman unánimemente que no tenía enemigos, no están haciendo retórica, sino expresando una realidad vivida; su encanto era fruto de su vida interior, de su sencillez, modestia, bondad, y dulzura de carácter. Estas cualidades de espíritu, así como la necesidad que los Hermanos sentían de ser gobernados por quien sabía comprenderlos y protegerlos con amor, fue lo que les movió a elegirlo por unanimidad como Superior de la Congregación.

Ciertamente, de ordinario, a un superior no le suelen faltar dificultades y oposiciones, pero no sucedía lo mismo con el Siervo de Dios; su mérito radicaba en evitar zaherir a nadie y en solucionar todos los problemas con mucha calma, serenidad y caridad. En esto no se desmintió jamás; tanto de viva voz como por escrito, mostraba con todos una familiaridad y una confianza ilimitadas, los trataba como a verdaderos Hermanos, les abría su corazón de la misma manera que un padre a sus hijos, y a él le correspondían con la misma moneda.

Actuaba con gran afecto para lograr que los descarriados o desviados del buen camino retornasen a él; sin embargo, no carecía de firmeza. De espíritu reflexivo y ponderado, antes de tomar cualquier decisión, se lo pensaba mucho; ahora bien, una vez que había descubierto la voluntad divina, no cedía jamás. Si alguna vez tuvo que recurrir a métodos más drásticos o a un tono duro, fue solamente por sentido del deber, y, aún en este caso, se conducía con extrema delicadeza.

Otra de sus notas características fue la veneración que sentía por los ministros del Señor, especialmente los obispos, y su respeto hacia las autoridades civiles. A todos trataba con simpatía y elegancia, incluso en caso de disparidad de opiniones o de posiciones encontradas, esforzándose en atenuar los enfrentamientos y conservar o restablecer la armonía.

Además, el Hno. Policarpo, de espíritu sinceramente humilde, amaba el retiro y alejamiento del bullicio, retrayéndose frente a cualquier tipo de protagonismo fuera de lugar. Apreciaba a todos, y en asuntos de importancia, con sencillez y franqueza pedía el parecer de los demás, teniéndolo muy en cuenta después. Como religioso, amaba la Regla y cumplía con gran diligencia sus prescripciones, al mismo tiempo que inculcaba la observancia de la misma a todos sus hijos. En lo tocante a sí mismo, era más bien proclive a la mortificación y austeridad, como se desprende de las declaraciones testimoniales de quienes lo conocieron; en la primera redacción de las Reglas, incluyó algunas prácticas penitenciales un tanto rígidas o excesivas para el común de los religiosos, prácticas que, no obstante, mitigó posteriormente aleccionado por la experiencia, bien sea para salvaguardar la salud de los Hermanos, o bien para mantener más serenos sus espíritus.

Cuanto hemos reseñado tenía como base una sólida formación espiritual, siendo esta eminentemente cristocéntrica e impregnada toda de amor hacia Jesucristo que, a través de su Corazón adorable, continuamente manifiesta su amor y nos otorga sus gracias. Bajo el influjo saludable de los padres de la Compañía de Jesús, alimentó su propia espiritualidad y orientó la de su Congregación hacia la práctica de la meditación y de los ejercicios espirituales. Se abandonaba confiado a la voluntad divina como quiera que se manifestase, tanto en los acontecimientos alegres como en los tristes. Realmente, estos últimos no alteraban su ánimo, antes bien, conservaba inmutable su habitual tranquilidad.

Dirigida por un alma tan ordenada y rectilínea, tan dócil y permeable a la inspiración de la gracia divina, la Congregación no podía menos que encarrilarse por la vía del crecimiento. Dan buena prueba de ello, no sólo el número de religiosos y de nuevas fundaciones, sino, sobre todo, los elogios que de todas partes recibían los Hermanos del

Sagrado Corazón, tanto por sus dotes pedagógicas como por su vida religiosa, siendo, unas y otra, fiel reflejo de las eminentes cualidades del Superior General, justamente saludado como «segundo fundador de la Congregación».

Para ulteriores aclaraciones referentes a la persona y cualidades humanas, intelectuales y espirituales del Siervo de Dios, remitimos al «*SUMARIO de su vida y virtudes*», diligentemente elaborado por el padre capuchino Teodoro da Torre del Greco, a quien dirigimos nuestro más sincero y cordial agradecimiento.

V. Dudas planteadas a los Consultores históricos

El fundamentado parecer de los Consultores históricos estará articulado, como de costumbre, en tres puntos principales:

Ante todo, se quiere saber de ellos, si la investigación archivística, histórica y bibliográfica ha sido llevada a cabo con la amplitud y seriedad que exige un estudio científico y esmerado para alcanzar conclusiones históricamente fundadas y críticamente válidas.

En segundo lugar, es necesario determinar autorizadamente el valor probatorio de la documentación adjunta a la Causa, de modo que estén fuera de toda duda razonable, tanto la exactitud objetiva de los documentos, como la calidad subjetiva de sus autores. De hecho, solamente sobre estas bases se podrá reconstruir de un modo satisfactorio el resultado de la investigación histórico-biográfica. Y puesto que, para los efectos de la Causa, tiene una importancia no desdeñable la biografía del Siervo de Dios impresa en 1893, se solicita sobre ella un juicio más detallado.

Finalmente, sobre la base de los materiales recogidos y examinados en la Positio, se les pregunta si es posible, y en qué grado, conocer el itinerario biográfico y espiritual del Siervo de Dios y hacerse una idea exacta de sus virtudes.

Estas son las cuestiones fundamentales sobre las que se pide a los Consultores históricos que manifiesten sus opiniones, enriquecidas con todas las sugerencias y observaciones personales que juzguen oportunas *pro bono Causae*.

Para responder a cada pregunta, se servirán de las acostumbradas fórmulas: *affirmative, suspensive, negative*.

Y ahora, he aquí la formulación de las dudas propuestas a examen:

I.-*¿Han sido plenamente satisfactorias, y realizadas conforme a las normas establecidas, las investigaciones de los documentos que ilustran la vida y obra del Siervo de Dios Policarpo Gondre?*

II.-*¿Ofrecen las mismas características antedichas los documentos presentados como justificación, e insertos en la Positio, particular-mente la biografía del Siervo de Dios editada en 1893, de manera que garanticen su historicidad?*

III.-*En esa serie de documentos, ¿se encuentran los elementos útiles y apropiados para guiar hacia un conocimiento suficiente de la vida del Siervo de Dios y que ofrezcan un fundamento adecuado para emitir juicios razonables sobre sus virtudes?*

Roma, 9 de enero de 1968

Fr. MELCHIORRE DA POBLADURA, O.F.M.Cap. Relator
General

SUMARIO

SUMARIO

DE

LA VIDA, VIRTUDES, MILAGROS Y FAMA DE SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS POLICARPO GONDRE

EXTRAÍDO DE LOS DOCUMENTOS PUBLICADOS EN LA POSITIO

Los números romanos remiten a documentos, y los arábigos, a páginas de la Positio. Con los números en negrita, se indican lugares de mayor importancia.

I.- VIDA DEL SIERVO DE DIOS

1. *Nacimiento, padres, juventud y estudios (1801-1827)*

El Siervo de Dios era el tercero de los cuatro hijos de I, -Jean-Joseph Gondre y de Victoire Gonsalin; nació el 21 de agosto de 1801, en la aldea de Les Héritières, junto a La Motte-en-Champsaur, diócesis de Gap. Fue bautizado el mis-mo día y le pusieron por nombre Jean-Hippolyte.

Los padres del Siervo de Dios destacaban por su sencillez, discreción y piedad. Vivían su fe, practicaban públicamente y sin temor su vida cristiana y combatían los peligros que se siguieron de las perturbaciones sociales en Francia.

Auguste Blanchard dice refiriéndose a los padres del Siervo de Dios: «La familia Gondre era pobre en bienes materiales pero tenía mucha fe y una gran fama de honradez».

El Hno. Basilien escribe: «Las virtudes cristianas de las épocas doradas en la fe florecían en este privilegiado hogar, pobre en bienes materiales pero colmado de riquezas celestiales. Según sus contemporáneos, cuya opinión se ha conservado, era una familia de santos».

Jean-Joseph Camille Allemand, párroco de La Fare-en-Champsaur testifica: «Al hacer el inventario de la biblioteca de la familia Gondre y leer muchos de sus libros, he podido observar que se trataba de una familia piadosa e instruida. La mayoría de los libros eran de piedad, de ascética y, algunos, clásicos.

El Siervo de Dios pasó los años de la infancia en casa de sus padres en La Motte y allí recibió las primeras nociones de catecismo. En efecto, en su biografía se lee: «Desde su más tierna infancia, Hippolyte tuvo la dicha de aprender las primeras lecciones del saber religioso. Su alma recta y candorosa debió experimentar los saludables efectos que de ello se derivan. Bajo el influjo de los consejos y ejemplos de una madre verdaderamente cristiana, pronto se convirtió en un niño juicioso y creció lleno de gracia y sabiduría ante Dios y ante los hombres. La piedad, ornamento de toda su vida, caló sin obstáculos en su corazón llevándole hacia Dios. Este atractivo sobrenatural era un preludeo del futuro»

Jean-Joseph Camille Allemand añade: «Es tradición entre las gentes del pueblo que a Hippolyte Gondre se le podían aplicar estas palabras de un himno de nuestra liturgia diocesana: ‘nada de cuanto hizo fue frívolo’; y que siempre se le veía preocupado por temas sobrenaturales».

Cuando llegó al uso de razón, empezó a frecuentar la escuela del pueblo; a esto se añadía, en los meses de verano, el pastoreo de las ovejas o las faenas del campo que sus fuerzas le permitían. Jamás supo de ociosidad: mientras sus compañeros de clase se divertían, Hippolyte, por su parte, se entregaba al estudio o a las obras de piedad.

El mismo Camille Allemand atestigua: «Añado que en el huerto de la familia Gondre, cercado por un muro, existe un refugio abovedado, protegido por los árboles y un horno, adonde según la tradición se retiraba Hippolyte a meditar o a leer libros piadosos».

En el prado conocido como «roca del Aire», levantó un pequeño oratorio donde

colocó una imagen de la Santísima Virgen que a menudo adornaba con flores; muchas veces se recogía allí para rezar, y este es también el lugar a donde, siendo maestro, iba piadosamente con sus alum-nos antes de acabar las clases.

La delicadeza de alma, sencillez y docilidad, fueron algunas de las cualidades que, tanto en su casa como en la escuela, ornaron los años juveniles de Hippolyte, resplandeciendo a la vista de todos. Con estas disposiciones hizo su primera comunión y recibió más tarde el sacramento de la confirmación.

Acerca de la adolescencia del Siervo de Dios, el párroco de su pueblo natal trae el testimonio que se recoge en la biografía: «Dócil a los buenos consejos y siguiendo las inspiraciones de su conciencia, prefirió siempre las alegrías de la piedad y los encantos de la familia. La lectura, las prácticas religiosas y la oración tenían para él un verdadero atractivo. En los oficios de la iglesia, su porte respetuoso y su auténtica y sólida piedad eran un motivo de edificación para la parroquia entera (...). Se puede decir de Hippolyte cuanto de bueno pueda uno imaginar sin te-mor a equivocarse.

En su juventud, Hippolyte Gondre hizo amistad con un seminarista llamado Mamert Escalle, muerto en olor de santidad poco después de recibir el diaconado. Ambos se animaban mutuamente en la práctica de los consejos evangélicos. Camille Allemand habla también de otra amistad con «una santa joven, llamada Victoire Eyraud».

Con fecha 9 de octubre de 1822, a la edad de 21 años cumplidos, el Siervo de Dios obtuvo el título que le habilitaba para el ejercicio de la enseñanza, y pocos días después, consiguió autorización para abrir una escuela en La Motte.

En su biografía, se lee: «A partir de entonces, se entregó con pasión a la enseñanza, feliz de abrir las mentes jóvenes y de formarlas en el amor hacia lo bueno y en la práctica de la virtud. ‘Hippolyte Gondre –nos escribe el mismo párroco de La Motte– fue un maestro competente y muy apreciado en la región’.

Cuantos me han proporcionado datos a este propósito, afirman que enseñaba muy bien y que formó muy buenos alumnos».

2.- *La vocación, entrada en religión y profesión (1827/1829)*

Una voluntad generosa, una vida cristiana íntegra y la inclinación que su alma sentía hacia cosas más altas, todo ello alimentado por la oración y la meditación, contribuyó a despertar su vocación religiosa.

Al parecer, fue su propio párroco quien le hizo desistir de la idea de orientar su vida hacia el sacerdocio, ya que la modesta condición de su familia no le hubiera permitido hacer frente a los elevados costos del seminario.

El Siervo de Dios estaba muy relacionado con algunos miembros del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón oriundos de Gap, entre ellos los Hnos. Xavier y Bernardin. Admirador de su vida religiosa, pensó en seguir sus huellas. Pero quien de veras contribuyó a que ingresara en el Instituto fue el Hno. Ciprien. Él fue el verdadero «protector», como se dice en Francia, del Siervo de Dios. Y él fue quien facilitó su ingreso en comunidad haciéndose responsable de su idoneidad ante los superiores.

A los 26 años, Hippolyte fue admitido en el Instituto por el sacerdote F.V. Coindre, a la sazón Superior General, el día 27 de junio de 1827, ingresando en la casa llamada «*Pieux-Secours*», en la ciudad de Lyon. Transcurridos tres meses de postulando, tomó el hábito el 16 de septiembre de 1827, cambiando el nombre de Hippolyte por el de Policarpo, con el que fue conocido y denominado a partir de entonces.

Acabados los dos años de formación previstos por el reglamento, el 21 de septiembre de 1829, el Hno. Policarpo fue admitido, no a la profesión temporal –como era

preceptivo y habitual en el Instituto— sino a la profesión perpetua directamente. Esta singular excepción pone de relieve el alto aprecio que se tenía de sus virtudes.

3.- *Origen y crisis del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón.*

El Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón fue fundado por el P. André Coindre, nacido en Lyon el 26 de febrero de 1787. Elevado a la dignidad sacerdotal el 14 de junio de 1812, pronto destaca por su piedad, elocuencia y celo apostólico. En el año 1815 se asocia con algunos antiguos miembros de la disuelta Sociedad de Misioneros de Francia y, juntamente con ellos, ejerce su apostolado en diferentes parroquias de la diócesis de Lyon. Confesaba, presidía asambleas y predicaba misiones populares. Por esas fechas, André Coindre dirigía un orfanato llamado «Providencia». Corría el año 1817 cuando, compadecido de los muchos niños que vagaban sin protección, recogió unos quince en el antiguo convento de los Cartujos. Al año siguiente, y debido al gran número de jóvenes que afluían, trasladó la obra a un local mayor, cerca del mismo convento, donde la institución recibió el nombre de «*Pieux-Secours*». Gracias a la caridad de los bienhechores, al trabajo manual y a la dedicación de su fundador, la benéfica institución se desarrolló floreciente. Sin embargo, los seculares a quienes había confiado la dirección de la misma, no hacían demasiado caso de la educación moral y cívica de sus alumnos, por lo cual, André Coindre tuvo la idea de fundar una congregación cuyo carisma principal fuera la educación de los niños en los medios rurales y en las pequeñas poblaciones.

Eligió a diez jóvenes a quienes predicó unos ejercicios espirituales en Lyon, e inmediatamente después de la misa, el 30 de septiembre de 1821, los consagró a María en el Santuario de «Nuestra Señora de Fourvière». Así quedaban echados los cimientos de una nueva congregación que se propagó con rapidez, de modo que a la muerte del

fundador, el 30 de mayo de 1826, contaba ya con once escuelas en distintas diócesis.

Para suceder al P. Coindre, fue elegido, el 14 de junio de 1826, su hermano, el sacerdote François-Vincent Coindre, capellán por aquel entonces del «*Pieux-Secours*».

El nuevo Superior era un hombre animado de piedad y religiosidad preclaras, pero incapaz para el gobierno supremo de la Congregación. Arrastrado por el deseo de obras nuevas y, lo que es peor, no siempre capaz de llevarlas a buen término, endeudó al Instituto hasta el extremo de llevarlo a la ruina total si el Hno. Xavier, primer Asistente –hombre íntegro, hábil e inflexible– no lo hubiera impedido.

Admitido por el mismo fundador en la nueva Congregación el año 1821, y nombrado en 1824 primer Asistente y Director General, el Hno. Xavier hizo un doble saneamiento: económico y moral. Pagó casi todas las deudas y le propuso al P. Vincent Coindre que vendiera sus bienes a la Congregación. Realmente, la casa que ocupaban los Hermanos del Sagrado Corazón pertenecía al sacerdote por derecho de herencia. Tras largas negociaciones, el 31 de diciembre de 1838, se firmaba el contrato y, de este modo, el Hno. Xavier aseguraba al Instituto la posesión de la casa del *Pieux-Secours*. Sin embargo, temiendo perder la casa que acabamos de mencionar, compra en el Puy-en-Velay, en 1837, un terreno llamado «Paradis», donde, poco a poco, se construyó un edificio al que fue trasladado el noviciado. Este lugar se convirtió desde entonces en el centro de todo el Instituto.

Al constatar, el Hno. Xavier, que de nada le había servido su maniobra, ya que el P. Vincent Coindre se entregó de lleno a realizar nuevas construcciones y a otros negocios inútiles, le pide con urgencia que dimita de su cargo de Superior, cosa que sucede, en efecto, el 20 de agosto de 1841, siendo dicha dimisión ratificada por el Capítulo General el 13 de septiembre del mismo año.

Las consecuencias de esta crisis supusieron un gran perjuicio para la vida religiosa de

los Hermanos. En efecto, se había descuidado la vida espiritual e intelectual y, poco a poco, fue decayendo el fervor primero, a causa de lo cual se produjeron abundantes defecciones.

Para obtener la curación moral del Instituto, el Hno. Xavier recibió durante estos años el discreto y precioso apoyo del Hno. Policarpo. De este modo, le preparó el camino para asumir el gobierno de la Congregación.

4.- Actividad del Siervo de Dios desde 1828 a 1841

Al disponer de título docente, y «considerando sus especiales cualidades», ya en el año 1828, siendo aún novicio, los superiores encomendaron al Siervo de Dios bien sea la clase de los niños del Pieux-Secours, o bien su colaboración en la formación de sus compañeros de noviciado. En todo acertó a desempeñarse de manera excelente.

Como la guerra civil de julio de 1830 devastara la ciudad de Lyon y, consecuentemente, regresasen a sus hogares la mayor parte de los novicios, el Hno. Policarpo fue enviado como Director de la escuela de Vals, no lejos del Puy. Desempeñó tan bien su misión, que Vals se convirtió en una institución modelo. Mucho después de su muerte, el Hno. Policarpo seguía siendo recordado con reverencia y veneración por sus eminentes virtudes.

En 1835 el Siervo de Dios resultó elegido segundo Asistente General, encomendándosele, al mismo tiempo, la formación de los novicios, en primer lugar en Vals – pues los documentos revelan que año tras año se había recibido novicios– y luego (1837) en Lyon. De 1836 a 1841 dejó constancia escrita de su puño y letra, en el «Registro de Novicios», de cuanto concernía a cada uno de sus formandos.

El Hno. Xavier, durante estos años, confió también al Hno. Policarpo la formación intelectual de los novicios; por esta razón quiso que el Siervo de Dios obtuviera un nuevo diploma docente de capacitación, diploma que obtuvo el 1 de septiembre de 1837, y con el cual quedaba facultado para enseñar en la escuela primaria.

El noviciado se trasladó definitivamente a Paradis en septiembre de 1838, continuando bajo la sabia batuta del Hno. Policarpo quien fue nombrado, además, Director del colegio recién abierto en dicho lugar en el mes de octubre. Durante su mandato, el número de novicios aumentó considerablemente, volvieron a florecer la vida religiosa y los estudios y, en breve tiempo, los beneficios espirituales fueron evidentes. El colegio conoció, de igual modo, el esplendor con la dirección del Siervo de Dios. En el mes de octubre siguiente, se confió el noviciado al Hno. Alphonse, mientras el Hno. Policarpo asumía la dirección general de la casa de «Paradis».

Con el fin de mejorar la vida espiritual de novicios y Hermanos, entre otras cosas, el Siervo de Dios estableció la cofradía del Inmaculado Corazón de María, aprobada canónicamente el 2 de febrero de 1840 en «Paradis», y afiliada a la archicofradía del mismo nombre erigida en París en la iglesia de «Nuestra Señora de las Victorias». La lista de 29 Hermanos se inicia, precisamente, con el nombre del Hno. Policarpo. Probablemente también se deba a él la organización de los Ejercicios Espirituales en Paradis a partir de 1839.

En el Capítulo General habido en Paradis el 23 de setiembre de 1840, el Hno. Policarpo fue nombrado primer Asistente –además de Director General– de la Congregación, en sustitución del Hno. Xavier.

Así pues, en el empeño de renovar la Congregación, mientras el Hno. Xavier se ocupaba de sanear las finanzas, el Hno. Policarpo se entregaba de lleno a la renovación espiritual. En este menester se distinguió por su bondad, espiritualidad y recto juicio. Por tanto no es de extrañar que, tras la dimisión del P. Vincent Coindre, confluyeran hacia él todos los votos.

5.-Primera elección del Siervo de Dios como Superior General del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón. (1841-1846)

El sacerdote F.V. Coindre presentó su dimisión como Superior General en carta fechada el 20 de agosto de 1841.

Reunido en Paradis del 12 al 14 de septiembre del mismo año, el Capítulo General ratificó esta dimisión (12 de septiembre) y a continuación eligió al nuevo Superior General.

De los 59 miembros de la Congregación entre los que, por orden de antigüedad, el Hno. Policarpo ocupaba el décimosexto lugar, 12 eran miembros del Capítulo.

El 13 de septiembre, antes que nada, bajo la presidencia del Hno. Policarpo en calidad de primer Asistente, se planteó una cuestión preliminar: ¿convenía elegir como Superior General a uno de los miembros de la Congregación o a un sacerdote del clero diocesano? La cuestión no era superflua, ya que había que evitar la amenaza de un peligro: que el capellán Arnaudon se pusiera al frente del Instituto. Los capitulares decidieron, por unanimidad, que fuera un miembro de la Congregación.

Resuelta la cuestión, el Capítulo procedió inmediatamente a la elección de Superior General, resultando que, en el primer escrutinio, todos los votos se concentraron en el Siervo de Dios. De este modo quedaba elegido para ocupar el supremo cargo de la Congregación.

«...el Hno. Policarpo resultó elegido con la totalidad de los votos, excepción hecha del suyo; acto seguido, le hicimos sentar en un sillón colocado sobre la grada del altar y dio a besar su mano derecha a todos los Hermanos. En ese instante, la asamblea toda mezclaba sus lágrimas de ternura y alegría con las de amargura que el dolor profundo hacía derramar al recién electo, al verse sometido a carga tan pesada; sin embargo, sobreponiéndose, se levantó y declaró que aceptaba la cruz que el Señor le imponía».

Veamos cómo nos narra este episodio el Hno. Bernardin: «El Hno. Policarpo no se esperaba semejante resultado y le costó aceptar una carga que su gran humildad le hacía considerar por encima de sus fuerzas; sin embargo, se resignó a la voluntad de Dios puesta de manifiesto, de manera bien patente, a través del voto unánime del Capítulo General del Instituto.

Vienen a cuento aquí las palabras que se leen en la biografía: «Al ser proclamado su

nombre la alegría iluminó todos los rostros y los ojos brillaron de gozo y de esperanza. Unicamente el Hermano que era objeto de esta muestra de confianza, se consideraba indigno de ella; la aceptación de semejante carga constituía para él un sacrificio heroico. A pesar de todo, y a sabiendas de lo difíciles y abrumadoras que serían sus funciones, y más en las circunstancias de entonces, acató la voluntad de Dios claramente expresada en el voto unánime del Capítulo General».

Los religiosos, por su parte, rebosantes de gozo daban gracias a Dios porque, al fin, la Congregación tenía un Superior General capaz, prudente, caritativo y con buenas dotes de gobierno. La elección, también esta vez, era para cinco años, y no a perpetuidad como pedían las Constituciones.

Como asistentes generales, resultaron elegidos en este mismo Capítulo los Hnos. Marie-Joseph y Alphonse. El Hno. Policarpo nombró Administrador General al Hno. Xavier, a los Hnos. Benoît y Jérôme, miembros del Consejo General, y al Hno. Martin, Secretario General. De esta manera quedaba constituido el nuevo gobierno del Instituto, siendo el Siervo de Dios el centro y alma del mismo.

Durante estos cinco años y a pesar de sus enfermedades, como más adelante veremos, el Siervo de Dios trabajó con ardor para implantar la disciplina y observancia religiosas, resolver dificultades, rellenar lagunas y perfeccionar la obra emprendida por el Padre Fundador. Enseñó a los Hermanos las sendas de la santidad, visitó anualmente todas y cada una de las casas del Instituto y, sobre todo, preparó las nuevas Reglas que habían de someterse a la aprobación del siguiente Capítulo General.

6.-El Siervo de Dios es elegido Superior General a perpetuidad. (1846-1859)

Completado el quinquenio de su mandato, el Siervo de Dios convocó el Capítulo General, a celebrarse durante los días 10 a 12 de septiembre de 1846 en la casa de «Paradis».

Sucedió nuevamente en esta ocasión que, al primer escrutinio del día 10, todos los votos, excepto el suyo, confluyeron en la persona del Hno. Policarpo. Consecuentemente, quedó confirmado como Superior General pero, esta vez, a perpetuidad. Esa unánime ratificación ilumina con meridiana claridad la gran estima de que gozaba el Siervo de Dios entre todos los Hermanos, estima que les llevó a hacer caso omiso de la repugnancia manifestada para aceptar el cargo.

En efecto, leemos en las actas del Capítulo: «Nuestro reverendo Hno. Policarpo resultó reelegido por unanimidad en el primer escrutinio; pero habiendo declinado aceptar la carga que se le trataba de imponer, alegando que la aceptaría si llegara a convencerse de que no había miembros más dignos que él, procedimos a una segunda votación en la que nueva-mente salió elegido por unanimidad; al persistir en la negativa, el Hno. Marie-Joseph, en su calidad de portavoz de la asamblea capitular como primer Asistente, leyó el artículo 6 del capítulo 8 de nuestras Reglas acerca de la obediencia; tras esta lectura le manifestó que, si persistía en su actitud, se vería obligado, como portavoz del Capítulo General –en el que residía en ese momento la suprema autoridad de la Congregación– a formularle una orden en virtud de la santa obediencia. Nuestro reverendo Hno. Policarpo respondió que aceptaría a condición de *que todos los Hermanos se comprometiesen a ser buenos religiosos*, condición que todos aceptaron y que fue refrendada mediante repetidas aclamaciones; en consecuencia, quedó proclamado Superior General.»

Con fecha 11 de septiembre, el Capítulo aprobó los Estatutos y Reglas que el Hno. Policarpo había preparado para la Congregación a lo largo de los cinco años de su primer mandato. Al día siguiente, 12 de septiembre, fueron convocados por el Superior General, en la sala capitular, todos los profesos perpetuos que no habían tomado parte en las sesiones del Capítulo e hizo leer al Secretario los nuevos Estatutos y Reglas. Después les preguntó si las aprobaban. Los Hermanos respondieron de consuno que sí y las firmaron.

7.- *Labor del Siervo de Dios en cuanto Superior General (1846-1858)*

Finalizado el Capítulo, el Siervo de Dios se entregó en cuerpo y alma a la función para la que había sido reelegido. «Hombre de sacrificio continuo e inflexible inmolación al deber, debía consagrar al cumplimiento de su misión todas sus fuerzas, su tiempo y energía». Hasta el fin de sus días se le verá sacrificándose, siempre en guardia, para combatir el mal, perseguir el vicio y hacer triunfar la virtud».

Veamos, siquiera brevemente, cuáles fueron los principales puntos a los que dedicó sus desvelos. Estas consideraciones harán también referencia al período que precedió a su elección vitalicia.

a) *Impulsa a sus Hermanos hacia la perfección.* Elegido Superior General, el Hno. Policarpo consideró que uno de sus principales deberes era exhortar a los Hermanos a la perfección. De ahí que les invitase asiduamente a imitar al Divino Redentor, precediéndoles él mismo en este camino.

Escribe el Hno. Basilien: «...El Hno. Policarpo ha consumado el modelo de Hermano del Sagrado Corazón. En todos los cargos que le fueron confiados, descubrimos siempre al religioso ferviente a quien imitar.»

Superior bueno y prudente, celoso y enérgico, el Siervo de Dios, con sabia moderación y franqueza, no dudaba en recordar a cada uno la norma de conducta que debía seguir.

En su biografía leemos: «Quería de los directores que, en el ejercicio de su cargo, estuviese todo fundado en una autoridad mezclada de mansedumbre y firmeza a la vez, exhortándoles a ser siempre para los inferiores modelos de piedad, de paciencia y de fidelidad en el cumplimiento de todas las obligaciones de la vida religiosa. Los inferiores eran, igualmente, objeto de su amorosa solicitud. Les hablaba en un tono de voz y con una expresión de amabilidad y de bondad tales, que demostraban bien a las claras el vivo interés que por ellos tenía».

Si, por una parte, aborrecía las malas costumbres y la pereza, por otra, sentía horror hacia una extrema severidad y rigidez en la educación de los jóvenes. «Al contrario, quería ver a los maestros imbuidos siempre de una bondad dulce y firme, de los santos afectos que la fe inspira, empleando el ingenio que sugiere el verdadero celo y que, tras vencer toda clase de obstáculos, acaba por hacer amar el bien y el trabajo y lleva los corazones y las almas hacia Dios.».

En circular dirigida a los Hermanos, fechada el 12 de enero de 1848, expone en siete puntos la esencia de la vida religiosa: 1) huida hasta de los menores defectos, 2) observancia de los votos, 3) fidelidad a las Reglas, lo que constituye una garantía de crecimiento y salvaguardia de los votos, 4) vida de comunidad, 5) espíritu de humildad, 6) unión con todos los miembros de la comunidad, 7) los ejercicios de piedad, que ayudan a las virtudes.

Nada descuidó para proteger la vida religiosa de los Hermanos. Por ejemplo, al enviar Hermanos para una nueva fundación, pedía al párroco del lugar que velase por ellos. Escribiendo al párroco de Allanche, le pide que ponga fin a cualquier abuso que pueda existir en la comunidad religiosa y, además, que mejore las condiciones materiales de la casa. Alaba a los Hermanos amantes de la soledad y se alegra por el hecho de que los religiosos que están en América lleven una verdadera vida religiosa. Inculca el espíritu de caridad entre los Hermanos de Francia y los de América; hace uso, con firmeza, de su derecho a elegir las personas que destina a las diversas escuelas; quiere mortificación, pero sin que llegue a comprometer la salud; se ocupa de que a los Hermanos no les falte nada de cuanto necesitan para vivir y mantenerse sanos.

El Siervo de Dios defendía los intereses de sus Hermanos cuando veía que otros religiosos querían ocupar su lugar; no obstante, sabía ser siempre conciliador. A este respecto, escribía a un párroco el 26 de marzo de 1850: «Sin embargo, si otra comunidad le ofrece condiciones más favorables para su parroquia, créame, Sr. Párroco,

que veríamos sin suspicacias a otros religiosos educadores como vecinos nuestros».

b) *Fundaciones de nuevas casas.* Basándose en las cartas y en los documentos relativos al gobierno del Siervo de Dios, se constata que fundó 82 casas: 76 en las provincias de Francia y 6 en ciudades de Estados Unidos. A su muerte, el Instituto contaba con 97 casas. También el número de religiosos había aumentado considerablemente; en efecto, a su muerte, la Congregación tenía 400 miembros, novicios incluidos, mientras que en el momento de su elección, solamente había 59 Hermanos. A una Congregación que estuvo amenazada de ruina, la dejaba floreciente y vigorosa.

Trataba con clarividencia y precisión los asuntos relativos a las fundaciones de comunidades. Con las autoridades eclesiásticas y civiles era todo atenciones y respeto; tenía profundamente arraigado el sentimiento de gratitud. Si alguien le había hecho un favor, inmediatamente le manifestaba su agradecimiento.

Entre sus fundaciones, sobresale como más importante la que estableció en América del Norte. El Obispo de Mobile, de paso por Lyon, escribió al Siervo de Dios el 9 de junio de 1846 solicitando que le enviase algunos Hermanos para hacerse cargo del orfanato de Mobile. El Hno. Policarpo atendió complacido esta petición y le mandó cinco Hermanos. Entre ellos se encontraba el Hno. Alphonse, que fue fundador y Provincial de la nueva colonia. El desarrollo de la Congregación en estas latitudes fue admirable, de tal modo que los Hermanos, además del orfanato y de la escuela parroquial de San Vicente, aceptaron en 1848 la dirección de la escuela de la catedral en la que, además de las enseñanzas profanas, daban también una excelente educación religiosa a numerosos jóvenes. Ya en 1850, y a petición del señor Obispo, los Hermanos abrieron una escuela en Dubuque. Posteriormente fundaron escuelas en La Baie Saint-Louis, Natchez, Saint-Thomas, New-Orleans, Vicksburg, Augusta, Indianapolis, Charlestown, etc.

El Hno. Policarpo rodeó de constantes atenciones y cuidados a sus Hermanos de América; les escribía con frecuencia para informarles de la marcha del Instituto, animándolos a llevar una ferviente vida religiosa; al Hno. Alphonse, sobre todo, le da consejos y normas para que gobierne con miras a estabilizar la Congregación en esa parte del mundo.

c) *Reconocimiento legal de la Congregación.* En 1851, la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón no disfrutaba todavía de reconocimiento legal del Estado; sólo podía fundar casas mediante autorización particular librada por cada provincia. Tras llegar a un país tan lejano, interesaba un decreto que permitiera a los Hermanos establecerse por todo el territorio nacional. Gracias al buen hacer del Siervo de Dios y a la estima de que gozaba, el Consejo Supremo de Instrucción Pública extendió el decreto de reconocimiento legal el 19 de junio de 1851.

d) *Visitas a las comunidades.* Con el fin de perfeccionar la vida religiosa de sus Hermanos, prevenirles contra la relajación y llevarles a la observancia de las Reglas, el Siervo de Dios visitaba las comunidades del Instituto cada año. Estas visitas, que le absorbían buena parte de su tiempo, produjeron frutos de fervor y excelente espíritu religioso. Los viajes desagradaban al Siervo de Dios, sin embargo, impulsado por la caridad, afrontaba este tipo de sacrificios con ánimo alegre. Y siempre, principalmente en las tribulaciones, resplandecieron las admirables virtudes que adornaban su alma.

En cuanto llegaba a una casa del Instituto, todos los Hermanos le rodeaban como

hijos que vuelven a encontrarse con su padre. El Siervo de Dios los abrazaba cariñosamente, respondía a sus preguntas, les ponía al corriente de las noticias del Instituto y, finalmente, con dulzura y mansedumbre les decía: «¿No me preguntan nada más?»

A causa de su débil constitución, para hacer las visitas viajaba en una diligencia cuyo

cochero era un Hermano que vestía traje civil; muy a menudo, sin embargo, iba a pie. Precisamente a consecuencia de uno de esos viajes a pie desafiando los rigores invernales del año 1843, tras visitar las casas de la región de Yssingeaux, volvió a Paradis enfermo de tal gravedad que se llegó a temer por su vida. El Siervo de Dios pidió recibir los últimos sacramentos que, en medio de un gran dolor de sus Hermanos, le fueron administrados. No obstante, con la ayuda de Dios, recuperó la salud y reanudó su habitual actividad con nuevos bríos.

Para que las visitas resultasen más fáciles, el Hno. Policarpo quería que las casas de una misma región estuvieran próximas unas a otras. Al obispo de Bayonne le escribía: «Has-ta el momento, y en la medida de lo posible, hemos tratado de agrupar las escuelas dirigidas por los Hermanos; y nuestras setenta y cinco casas se encuentran radialmente diseminadas en lugares que no distan más de cinco o seis leguas de nuestros principales centros. De esta forma, los cambios de personal y los viajes resultan menos problemáticos y es más fácil visitar varias veces al año cada casa, lo cual contribuye, no poco, al mantenimiento de la disciplina, salvaguarda de los intereses comunes y cultivo del espíritu de familia entre los miembros de la Congregación».

e) *El Siervo de Dios y el P. Arnaudon*. El sacerdote J. Eugène Arnaudon, hombre dotado de gran inteligencia, celo y doctrina, era desde 1839 el capellán de los Hermanos del Sagrado Corazón en «Paradis». Sin embargo, los poderes que había recibido del obispo rebasaban ampliamente los de un simple capellán, hasta el punto de que, a raíz de la dimisión del P. Vincent Coindre, aspiraba a convertirse en el nuevo Superior General del Instituto. La elección del Siervo de Dios contrarió al abate Arnaudon, quien se arrogaba poderes que normalmente eran competencia del Superior General y su Consejo. De ahí las protestas de los Hermanos, que consideraban su actuación indigna.

El Hno. Xavier, con el consentimiento del Siervo de Dios, expuso el caso al Señor Obispo del Puy y solicitó la intervención del cardenal De Bonald, Arzobispo de Lyon.

Actuando con inteligencia, hacia finales de 1849 acordaron que el sacerdote Arnaudon permanecería en la ciudad del Puy y que tan sólo iría a la casa de «Paradis» para celebrar la misa y confesar. Como el sacerdote Arnaudon llegase a sospechar que la mano del Hno. Xavier tenía algo que ver en esta decisión, acusóle ante el Siervo de Dios de intentar un cisma en la Congregación para fundar otra en Lyon.

De nada sirvieron las protestas de inocencia del Hno. Xavier, quien cansado, y sin conocimiento previo del Superior General, solicitó del Consejo Supremo de Instrucción Pública, el día 20 de octubre de 1850, el reconocimiento legal del Instituto en el departamento de Rhône, para que se permitiera el traslado de la casa general a dicho departamento. De esta manera, la Congregación se vería libre de la jurisdicción del Obispo del Puy que amparaba al abate Arnaudon.

Cuando el Siervo de Dios tuvo conocimiento de este asunto, hizo regresar al Hno. Xavier a la casa general e, inmediatamente, rogó al ministro de Instrucción Pública que no diese curso a la petición.

En este desagradable problema, el Siervo de Dios se mostró prudente y cauto. Consciente de las dificultades, con tiento, pero oportunamente, se dirigió al Obispo buscando la remoción del capellán. Al ver que no lo conseguía, ya que el Obispo amparaba al abate Arnaudon, consideró conveniente evitar que el tema se divulgase, posponiéndolo para una ocasión más propicia. Por otra parte, el Superior General de la nueva Congregación sabía que esta necesitaba de la protección del Obispo y, consiguientemente, no convenía insistir a destiempo. Lo que el Hno. Xavier estimaba como debilidad y claudicación del Hno. Policarpo, habría que interpretarlo, más bien, como prudencia, precaución y sensatez, cualidades que el Siervo de Dios puso de manifiesto en múltiples ocasiones y de manera brillante.

8. Reglas de la Congregación escritas por el Siervo de Dios

El P. André Coindre había pedido a los primeros Hermanos que observaran la Regla de S. Agustín y las Constituciones de S. Ignacio, con la idea de escribir, cuando le fuera posible, la Regla propia de nuestro Instituto. Esto no llegó a darse, ya sea porque los trabajos apostólicos le absorbían, ya porque murió prematuramente. No obstante, dejó algunas reglas particulares y estatutos referentes a diversos oficios desempeñados en la Congregación.

A su hermano y sucesor en el gobierno de la Congregación, Vincent Coindre, excesivamente ocupado en los asuntos materiales, no le quedaba tiempo para pensar en escribir unas Reglas. Sin embargo, en el Capítulo General de 1826, promulgó algunas disposiciones relativas a las vacaciones, gastos de viajes y sufragios por los difuntos. Con ocasión de los capítulos de 1835 y 1840 fueron promulgadas, asimismo, otras ordenanzas .

Desde que fuera elegido Superior General, el Hno. Policarpo se preocupó de redactar una legislación, pues el vacío legal existente, de todos advertido, era nefasto para el Instituto. Por ello, tras dirigir una circular el 8 de enero de 1843 a los Hermanos solicitando los documentos que poseyeran, máxime si se remontaban al Fundador, puso manos a la obra con ardor. En primer lugar, examinó los escritos legados tanto por el Fundador como por su hermano; luego, hizo uso de las Reglas y Constituciones de la Compañía de Jesús en lo que concierne a vida religiosa y formación; finalmente, y en lo tocante a la estructura del Instituto y las escuelas, se inspiró en las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Para el verano siguiente, el trabajo estaba terminado y había sido enviado a los Hermanos para que lo analizaran.

Las Reglas generales y comunes están divididas en 25 capítulos, y los capítulos en párrafos. Contienen normas acerca del fin del Instituto, de la vida común, de los ejercicios de piedad y las virtudes, de las relaciones con el Director y los Hermanos, de

la admisión en el Instituto y la profesión, y del reglamento cotidiano.

Antes de conseguir la aprobación por parte de la Santa Sede, el Hno. Policarpo quiso que se tuviera la de los Obis-pos en cuyas diócesis poseíamos casas.

Con ocasión del Capítulo General habido del 10 al 12 de septiembre de 1846 en Paradis, tras la elección del Siervo de Dios como Superior General a perpetuidad, los miembros capitulares aprobaron por unanimidad los Estatutos y las Reglas.

Según el Siervo de Dios, las Reglas y Estatutos ya promulgados no bastaban para configurar el gobierno definitivo del Instituto. Por esta razón, fundado en la experiencia, el Hno. Policarpo creyó oportuno reiniciar el trabajo con el fin de dar a la Congregación unos Estatutos definitivos, así como unas Constituciones que aún estaban por escribir.

Era un proyecto que venía madurando desde hacía tiempo. En mayo de 1855 escribía al Hno. Alphonse manifestándole su deseo de reiniciar, bajo un nuevo punto de vista, la redacción de los Estatutos y de las Reglas de Gobierno. Esta misma intención manifestó al Hno. David.

A mediados del mes de diciembre de ese mismo año, 1855, el Siervo de Dios envió una circular a todos los religiosos, en la que les exponía las líneas maestras del nuevo trabajo y les pedía su colaboración. A lo largo de los meses subsiguientes, les dio algunas otras directrices.

En el Capítulo General del 16 de agosto de 1856, expuso las líneas fundamentales del trabajo y, acto seguido, comenzaron las sesiones. En las diez primeras, se discutieron los 27 artículos iniciales de los nuevos Estatutos y, en la undécima, fueron leídos y aprobados los artículos corregidos. En las sesiones duodécima a decimosexta, se promulgaron leyes acerca del gobierno general de la Congregación, de la asamblea capitular y de lo relativo a su preparación; en el resto de las sesiones, la discusión se centró sobre temas relativos a los asistentes generales, a los visitadores y a los religiosos encargados de los asuntos temporales.

El 5 de septiembre, tras 24 sesiones, tuvo lugar la clausura del Capítulo, pero como había quedado harta labor por desarrollar en lo tocante al programa presentado por el Hno. Policarpo, se dejó para continuarlo al año siguiente en nuevas sesiones capitulares; estas sesiones, sin embargo, no pudieron llevarse a efecto. En carta dirigida al Hno. Alphonse, y fechada el 20 de febrero de 1858, el Hno. Policarpo justificaba este aplazamiento: «La asamblea no se reunió en las pasadas vacaciones porque los materiales no estaban a punto, y dudo mucho que lo estén en las próximas, ya que nuestros dos asistentes se dedican de lleno a sus respectivas obras, el uno de Aritmética y el otro de Gramática con sus correspondientes ejercicios; incluso, todo ello está a punto de entrar en la imprenta». Así pues, a causa de la muerte del Siervo de Dios, acaecida el 9 de enero de 1859, el trabajo previsto recayó en su sucesor.

1. Las virtudes del Siervo de Dios en su conjunto

Lo que más destaca en la vida del Siervo de Dios es su ardiente deseo de perfección evangélica: «Llegar a parecerse al divino modelo de los predestinados, esa fue, en efecto, la única ambición del santo religioso, la meta superior que primó sobre todo e iluminó todo a lo largo de su existencia». De este deseo nacieron en el Hno. Policarpo la piedad, el celo, la humildad, la paciencia, la fortaleza y la generosidad ante el sacrificio.

Auguste Blanchard nos proporciona un excelente testimonio de su juventud al asegurar que fue un muchacho modelo tanto en la escuela como en la iglesia, y que ya en sus años mozos se ejercitaba en la virtud: «Según la tradición, practicó las virtudes cristianas desde su juventud, sobre todo la caridad, porque, cuando iba a la escuela, solía compartir con otros más pobres que él su pedazo de pan negro. Debido, sin duda, a sus virtudes, el maestro lo ponía como modelo a toda la clase, lo que despertaba entre sus

compañeros envidiejas que su buen carácter perdonaba con facilidad». El mismo testigo afirma que el párroco de La Motte hizo en 1813 un encendido elogio público de Hippolyte en la homilía dominical.

Además, J. J. C. Allemand afirma que, según la tradición popular, al Siervo de Dios se le podían aplicar las palabras de un himno de la liturgia diocesana: «Nil puerile gessit - nada frívolo hizo». Estaba habitualmente ocupado en temas sobrenaturales. Sus compañeros le querían y respetaban mucho; las conversaciones giraban en torno a los trabajos del campo o a temas espirituales. Cuando disponía de algún dinero, lo invertía en la compra de caramelos o chucherías para repartirlas entre los niños, a fin de predisponerlos a aceptar los buenos consejos que les daba. Y termina de esta manera: «Desde su juventud tuvo fama de *'très brave'*, lo que en nuestro patois significa *'un santo'*».

Movido por el deseo de mayor perfección, abandona su familia y solicita ser admitido en la Congregación de Hermanos del Sagrado Corazón de Jesús. De la bondad de sus disposiciones, del grado de las virtudes que adornaban su alma, nos da prueba el hecho de que, acabado el noviciado, fuera admitido, no a la profesión temporal –como ordenaban las Reglas del Instituto– sino, directamente, a los votos perpetuos.

Los cargos que se le confiaron, como maestro de novicios, segundo y primer Asistente y, finalmente, Superior General, demuestran que era un hombre, no sólo bien capacitado, sino también muy virtuoso.

En carta dirigida al Hno. Alphonse, Director de Mobile – en los Estados Unidos– el Hno. Adrien habla de las virtudes del Hno. Policarpo y resalta de manera especial su solicitud y laboriosidad, su amor a la soledad, su desvelo, su confianza en Dios, su caridad, su diligencia y su serenidad de ánimo ante las grandes dificultades.

La actitud del Siervo de Dios con relación al abate Arnaudon, capellán del Instituto,

fue siempre humilde y respetuosa: «Lleno de veneración hacia el sacerdocio, estaba persuadido, en su humildad, de que las acciones del señor Capellán no podían ser sino beneficiosas...». En la obra que lleva por título «Anuario de los Hermanos del Sagrado Corazón» se lee: «Bajo el impulso, a la vez suave y firme, del Hno. Policarpo, la pequeña comunidad de 'Paradis' se desarrolló progresivamente y pronto fue necesario ampliar los edificios...».

Las cartas del Siervo de Dios, escritas en tono familiar, sencillas y llenas de bondad, manifiestan su decidida voluntad de formar buenos religiosos, levantando sus ánimos, fortaleciendo sus voluntades, fomentando su adhesión a las Reglas y, por tanto, a la Congregación, para que en todo, pero de manera especial en el cuidado de las almas a ellos confiadas, glorifiquen a Dios. Así, en una carta que escribía al Hno. Jean- Claude, –en octubre de 1854– dice: «Ahora, pues, que se ha convertido, sea un modelo de silencio, de modestia, de mortificación, de humildad, de obediencia y, sobre todo, de caridad para todos sus Hermanos...». Pone todo de su parte para exhortarles a la práctica de las virtudes: en ocasiones, se vale de expresiones muy sencillas; otras veces, emplea frases más largas, de acuerdo con las exigencias de las circunstancias o las necesidades de cada uno. Evidentemente, sólo el amor de Dios puede impulsar a un alma, no sólo a vencerse a sí misma, sino también a aceptar con generosidad los sufrimientos y las contrariedades de la vida cotidiana; es más, el Siervo de Dios ve en el sufrimiento una clara señal de predilección divina. En efecto, en carta dirigida al mismo Hno. Jean- Claude, –el 11 de noviembre de 1858– le dice: «Es de esperar que su triste situación redundará por completo en gloria de Dios y que sus méritos estarán en proporción con lo que le toca sufrir. Por tanto, sufra bien para merecer mucho. A través de estos sufrimientos demuestra usted un gran amor a Dios y un gran desprendimiento de todo lo que no es Él».

Pueden citarse aún otras expresiones del Siervo de Dios llenas de espíritu sobrenatural:

«Nuestros Hermanos de América han escrito: su afianzamiento prosigue cada vez mejor. Esta prosperidad creciente me habría causado inquietudes, porque sé, por experiencia, que las pruebas y tribulaciones son efecto de las obras de Dios; pero la Providencia se ha dignado poner este sello sobre nuestra obra de Mobile...».

Escribiendo al Hno. Alphonse, le advierte que no decaiga en el fervor y que permanezca siempre atento, con generosidad y constancia, a las mociones de la gracia divina. Pide al Hno. Marie-Jérôme que se mantenga fiel a los ejercicios de piedad; exhorta al Hno. Ambroise a aspirar a las cumbres de la perfección; exige a todos y a cada uno que practiquen el silencio, la modestia, la mortificación, la caridad, la pobreza y la obediencia.

Refiere el Hno. Benjamin que cuantos tuvieron la suerte de conocer al Hno. Policarpo, le admiraban y le tenían por santo. Eso mismo afirmaba el Hno. Adrien al escribir a los Hermanos de América pocos días después de la muerte del Siervo de Dios. Y no es menos importante el testimonio del Hno. Mizaël, que relata hechos concretos y bien definidos en los que resplandecen las virtudes del Hno. Policarpo. El tíoabuelo de dicho Hermano, tras conocer al Hno. Policarpo en Paradis, se quedó admirado de su modestia, de modo que al despedirse, dijo a su sobrino: «Tenéis ahí un santo. Hasta ese punto le había impresionado el encuentro con este hombre de Dios. Y se retiró llevando consigo un alto aprecio de su virtud».

La palabra santidad se repite con frecuencia en los testimonios que se dan sobre el Siervo de Dios. Se conoce el testimonio de la madre del Hno. Clodomir, que había ido a Paradis resuelta a llevarse a su hijo. Cuando el Hno. Policarpo la vio, adivinando su intención, la recriminó con tal vehemencia que se sintió confundida y, en medio de lágrimas, volvió a su casa diciendo a cuantos le reprochaban su infructuosa tentativa: «¿Podía yo oponerme a un santo? ¡Si le hubierais visto!».

El Hno. Odilon dice que el Siervo de Dios era el prototipo del Hermano del Sagrado Corazón; su manera de ser, en efecto, denotaba un alma imagen de la de su divino Maestro. Y acaba su nota con estas palabras: «En los más altos cargos del Instituto, el Hno. Policarpo fue modelo de esa piedad llena de unción, clarividencia y constancia que encuentra su felicidad en la unión con Dios. Ni siquiera las ocupaciones más absorbentes fueron jamás pretexto para descuidarse en ese punto. Sus oraciones, sobre todo al final de sus días, eran ininterrumpidas: en el umbral de la eternidad, el buen religioso se entrenaba para la vida del cielo. El altar, el sagrario y el santo sacrificio de la misa le sumergían en indecibles trances de amor. ¡Qué inefable estremecimiento de gozo el suyo si le hubiera sido dado, como a nosotros, recibir la comunión diaria...!».

Tanto si se dirigían a todo el Instituto, como si eran a título personal para algún Hermano, sus exhortaciones animando a caminar hacia la perfección, nos revelan un alma rebotante de inspiración divina. Los pensamientos y consejos espirituales que se encuentran en el último capítulo de la biografía escrita por los Hnos. Eugène y Daniel, son otros tantos testimonios de sus virtudes.

El anhelo de santidad que caracterizaba al Hno. Policarpo, y que no cesó de crecer a lo largo de toda su vida, fue reconocido por sus Hermanos, quienes recibieron el ejemplo de sus virtudes como una preciosa herencia. Así lo testimonia el Hno. Adrien cuando escribe: «Sentimos un vacío difícil de llenar; sin embargo, hemos de hacer cuanto esté de nuestra parte para dar lo antes posible un sucesor a quien nos ha legado, como la más preciosa herencia, el recuerdo de su admirable sencillez, de su ardiente caridad y de su personal modestia; en una palabra, de sus virtudes practicadas en grado heroico».

.La fe del Siervo de Dios

.Se lee en la biografía: «Las aspiraciones y miras de fe eran algo así como el fondo de su alma, el tesoro de su corazón y de su vida». Poco más adelante, la misma biografía

prosigue: «Lleno de fe y al amparo de sus divinas enseñanzas, no tuvo, no podía tener, más que un absoluto desprecio hacia las vanidades de la tierra. ¡Y cuántas veces le hemos oído lamentarse del destino de tantos infortunados, que no viven y no gozan más que con los bajos placeres de la materia y de los sentidos.»

Guiado por el impulso de la fe, abandonó el mundo y abrazó la vida religiosa. Una vez elegido Superior, fue la fe la que le inspiró, en todo, su proceder. El Hno. Benjamin se expresa de la siguiente manera: «¡Quién pudiera expresar la firmeza de su fe, su ilimitada confianza en Dios y el ardor de su amor divino! Todo en él, absolutamente todo, llevaba a Dios, inspiraba confianza y reavivaba el amor.»

Y el Hno. Basilien: «La fe ilumina su mente, purifica sus sentimientos y orienta sus actos. Su alma se transfigura bajo esta luz; un rayo de eternidad lo alumbra con claridad divina. Además, ¡cuánto estima la vocación religiosa, tanto en él como en sus Hermanos! ¡Qué afectos los suyos cuando hablaba del amor de predilección que significa esta llamada divina! ¡Qué tristeza provocaban en él esos miserables cálculos de la sabiduría humana que desconfía de Dios; esa prudencia mundana de estrechos horizontes, que no sabe elevarse por encima de las especulaciones terrenales!; Muramos para el mundo, decía; sea-mos otros crucificados!

El espíritu de fe del Siervo de Dios se pone de manifiesto a lo largo de toda su vida, verdaderamente sobrenatural: sus pensamientos, sus sentimientos y sus acciones llevan el sello del más puro espíritu interior. De ahí, su profundo respeto hacia los sacerdotes y obispos, quienes, a su vez, le veneraban. El Obispo de Tulle le dijo en cierta ocasión: «Le prohibo entrar en mi diócesis si no viene a comer en privado conmigo». Cuenta el Hno. Adelphe que, cuando estos dos hombres de Dios se encontraban, se abrazaban efusivamente.

En las Reglas generales y comunes, el Siervo de Dios escribe: «Deberán estar continuamente animados de un espíritu de fe viva, de una gran confianza en Dios y de una tierna caridad hacia el prójimo» (c. I, 5). El mismo espíritu de fe se puede encontrar en los extractos de sus cartas: «La situación ha llegado a un punto tal, que las fuerzas humanas me parecen incapaces de conjurar los males que amenazan a nuestra patria: sólo Dios puede salvarla. Que se cumpla su santa voluntad...». Y poco después continúa: «Sin embargo, no he-mos de desanimarnos: durante tales pruebas es cuando he-mos de reavivar nuestra fe y nuestro ánimo como verdaderos soldados de Cristo».

En otra parte afirma que las grandes dificultades son fuente de bendición y de recompensa si se aceptan con verdadero espíritu de fe. Por ello exhorta a sus religiosos a desconfiar de sí mismos y a poner toda su confianza en Dios.

Imbuido de fe, desprecia las vanidades y los placeres del mundo; a menudo se le oía deplorar la suerte de quienes cifran su felicidad en los bajos placeres de la materia y de los sentidos. Siente pena por los que pisotean las obligaciones de su propia vocación. Su fe y su celo le inspiran severas expresiones contra el estilo de vida de aquellos religiosos que se hacen indignos de la vocación a la que han sido llamados.

Varios ejemplos concretos ponen de manifiesto la fe del Siervo de Dios. Reprinde severamente a la madre del Hno. Clodomir, que había ido a Paradis con la intención de llevarse a su hijo: «¡Desdichada! Viene a llevarse a mi hijo predilecto. ¡Quitárselo al mismo Dios!..., tarde o temprano, la castigaré». Antes de articular palabra, la señora comprendió el porqué de la reprimenda del Siervo de Dios, que había adivinado el motivo de su venida.

En otra ocasión, el Siervo de Dios exhorta a los postulantes a desprenderse de las cosillas que habían traído consigo, a no guardar ni dinero ni objetos de algún valor. Y añadía: «Despeguen su corazón de tales bagatelas. El Sagrado Corazón les pagará el ciento por uno a cambio de estos pequeños sacrificios».

En la formación de los novicios no descuidaba nada de cuanto pudiera fomentar en ellos el crecimiento de su vida espiritual. Por esta razón fundó la cofradía del Inmaculado Corazón de María, y probablemente deba atribuírsele también a él la realización de los ejercicios espirituales en Paradis a partir de 1839.

Entre sus resoluciones para caminar hacia la perfección, figura la siguiente: «Confianto siempre en Dios, nada ha de asustarme: ni penas, ni adversidades, ni siquiera las faltas en que pudiera caer». Es también digna de mención esta otra: «Cada mañana renovaré mis buenos propósitos como si comenzase a servir a Dios, y haré un examen de previsión de cuanto pueda constituir una ocasión próxima de faltar a mi deber»

De cuanto acabamos de decir, dos rasgos eminentes sobresalen en la vida del Siervo de Dios, a saber, el espíritu de fe y su conciencia del deber; rasgos que constituyen la raíz de su espiritualidad, y de los cuales nace su amor por el trabajo bien hecho, un continuo espíritu de sacrificio y su fidelidad a las mociones de la gracia que le impulsaban hacia la vida eterna, meta final de sus anhelos. De este modo, lleno del espíritu de Dios, avanzaba con firmeza por las sendas de la santidad, derramando a su alrededor el aroma de sus ejemplos y el fulgor de sus virtudes.

3. La esperanza del Siervo de Dios

Si, por una parte, la fe alimentó la vida espiritual del Siervo de Dios, por otra, la esperanza sostuvo su voluntad en la búsqueda de la mayor gloria de Dios y en la procura del bien de su Congregación. «De este modo, el Hno. Policarpo sintió su alma elevada en alas de celestiales deseos; y el pensamiento del reino que Jesucristo ha preparado para sus elegidos, era para él fuente de consuelo y fortaleza. Esperaba de Dios, con la ciega confianza de un niño, los socorros y las promesas divinas, pidiendo no salir jamás de este abandono filial».

Hablando de la vocación del Siervo de Dios, la biografía hace notar que su vida fue verdaderamente cristiana ya des-de los primeros años de su infancia, que la predisposición de su espíritu le llevaba a ocupar el pensamiento en temas profundos, y que su voluntad, espontáneamente generosa, se fortalecía bajo el influjo de la gracia y de la oración. Por este motivo anhelaba una vida más sublime, en la que su alma pudiera suspirar y elevarse a las cosas celestiales.

Un aspecto característico de su vida es su constante deseo de perfección: «En todo momento y circunstancia, el Hno. Policarpo se había propuesto un doble fin: su santificación personal y la santificación de las almas a él confiadas. Quiere ganar una corona eterna; quiere que sus Hermanos trencen, radiante y bella, la que les ha sido destinada; quiere ir al cielo y arrastrar tras de sí a los demás...»

La esperanza del Siervo de Dios se manifiesta de modo especial en su amor y deseo de los bienes celestiales, ya que cifra en Dios toda su felicidad. Así se comprueba en sus cartas. En tal sentido exhorta al Hno. Alphonse a obrar en todo momento por razones de índole sobrenatural y, de modo especial, por la mayor gloria de Dios y la salvación de su alma. Este es el doble fin que ha de proponerse todo hombre conocedor de su destino.

En el cumplimiento de su deber de estado, y de manera especial como Superior General de toda la Congregación, anima insistentemente a sus Hermanos a buscar los bienes celestiales. «A los buenos religiosos les espera una corona especial en la morada eterna. Para merecerla, han de librar los combates de su santa vocación».

La misma idea se expresa en otro lugar: «Cuando les enseño la ciencia de la santidad, siento la necesidad de ser yo mismo mejor religioso. Si les muestro el camino del cielo, ¿no debo ser yo el primero en correr y arrastrarles en mi seguimiento con el poder del buen ejemplo?».

Así manifiesta a sus Hermanos cuánto desea su bien: «Pido a Dios para ustedes los únicos bienes que pueden hacerles dichosos; ansioso de su felicidad, les deseo también que con-sigan grandes méritos para el cielo».

Exhortaba a sus Hermanos a dominar las pasiones, añadiendo: «A cambio de unos momentos de tribulación les está reservado un grado inmenso de gloria en la morada de los elegidos».

Para levantar y revigorar los corazones, recomendaba a sus Hermanos confianza en Dios: «¡Animo! –escribía a uno de los suyos, a quien exhortaba a hacerse merecedor de la corona eterna– ¡ánimo! Haga como San Pablo, luche y combata laboriosamente para alcanzar la victoria; tan sólo se ha prometido a los vencedores. Intente ser de ese número.»

A un joven religioso, aparentemente poco sólido en la virtud, le da, a través de su Director, este consejo lleno de sabiduría: «Diga al Hno. ...X que un verdadero siervo de Dios no tiene que dejarse llevar nunca por la tristeza ni dejarse vencer por el abatimiento, máxime por razones tan banales como la que usted me explica: que usted no está satisfecho de él y que yo mismo no le aprecio. Que ponga toda su ilusión y felicidad en merecer el amor de Dios. Que no se preocupe lo más mínimo por el aprecio y estima de los hombres; en efecto, quien se apoya en ellos, lo hace en brazos de carne y hueso. Sepan uno y otro que les quiero, me atrevería incluso a decir, mucho, pues siguen siendo mis hijos predilectos».

En las cartas del Siervo de Dios podemos apreciar que, en diversas ocasiones, exhorta a sus Hermanos a la humildad, a la baja estima de sí mismos y a la aceptación de la cruz como vía para ganarse el cielo: «Cada uno de nosotros ha de llevar su cruz, ya que es por el camino del Calvario por donde debemos pasar para llegar a la gloria».

Invita continuamente a la humildad, mortificación, vida interior y a todas las virtudes, juntamente con el espíritu oración, sabiendo que estos son los medios para garantizar la prosperidad de la Congregación y para preparar a los Hermanos a la eterna recompensa. En este sentido, indica al Hno. Jérôme qué disposiciones debe tomar con relación al cambio del Hno. Felix, y ordena al mismo Hno. Jérôme que asuma su cargo

en la casa Murat, añadiendo: «Posiblemente le cueste dirigir esta escuela, pero bien sabe usted que el cielo sólo se gana con sacrificios. Un religioso no debe buscarse a sí mismo; es esta última consideración la que me hace sobrellevar con paciencia la carga que la divina providencia me ha impuesto, y será ella también la que le dé fuerzas a usted para soportar la suya. Nuestra vida no es tan larga; ánimo, pronto nos entregarán la corona».

En carta dirigida al Hno. Louis-Lambert, el Siervo de Dios le manifiesta su alegría por las victorias que dicho Hermano consigue en el combate espiritual de cada día. Además le recomienda fervientemente que se mantenga firme en la lucha emprendida, pues ese es el camino para llegar a la meta de la santidad y conseguir el premio que tenemos prometido.

Al párroco de Massiac le manifiesta abiertamente su voluntad de que no hagan creer a los Hermanos que son indispensables, añadiendo: «La recompensa de un Hermano debe de estar en el cielo; al ensalzar a los hombres, lo único que se puede conseguir es quitarles la mejor parte».

El Siervo de Dios desea vivamente que sus religiosos sean santos o que, al menos, tiendan a la santidad. Las almas vigorosas caminan desde el principio con paso decidido, sin tener en cuenta dificultades ni obstáculos.

4. El Hno. Policarpo y su amor a Dios

La vida entera del Siervo de Dios fue un continuo incendio de amor divino.

Buena prueba de ello es el cuidado con que, a partir de sus primeros años, no sólo evitó el menor pecado, sino que caminó en busca de la íntima unión con Dios. Su piedad, ornamento de toda su vida, le condujo hacia Dios y hacia las cosas celestiales desde la infancia. Por ello, pudo afirmarse con verdad de él: «Nada frívolo hubo en lo que hizo». «Continuamente andaba ocupado en pensamientos sobrenaturales»; hasta el punto de que sus compañeros de infancia no se atrevían a proferir delante de él palabras obscenas o de doble sentido pues, al parecer, les había reprendido en más de una ocasión.

Su amistad con un seminarista ejemplar, llamado Mamert Escalle, y con una piadosa joven, de nombre Victoire Eyraud, les sirvió de mutuo aliento en la guarda de los mandamientos de la ley de Dios y en la práctica de los consejos evangélicos. Le gustaba retirarse al jardín familiar para leer libros piadosos o entregarse a la oración y a la meditación.

El Siervo de Dios da testimonio de su amor a Dios, no sólo huyendo del pecado, sino haciendo el bien con todo su corazón y con toda su alma y, sobre todo, dedicándose con todas sus fuerzas a seguir el camino de la perfección.

Así pues, inflamado en amor de Dios, abandonó el mundo cuando iba a cumplir los 26 años, ingresando en el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón.

Después de su profesión perpetua, fue nombrado maestro de novicios, siendo confirmado varias veces en ese cargo. Bajo la dirección del Siervo de Dios volvió a florecer la vida religiosa y, en poco tiempo, pudieron apreciarse los frutos espirituales obtenidos. Dice, en efecto, el Hno. Bernardin: «La buena marcha del centro y la reputación de su Director, el Hno. Policarpo, que había dirigido la escuela de Vals durante algunos años, atrajeron poco a poco un gran número de alumnos, de modo que el internado pronto alcanzó una gran prosperidad...».

El precepto de la caridad consiste en el amor de Dios sin límites. A este respecto se dispone de varios testimonios afirmando que el Siervo de Dios se consumía cada día más en la hoguera de este amor.

Dice el Hno. Benjamin: «¡Quién podrá expresar..., el ardor de su amor divino! Las almas más tímidas, las más indolentes, las más relajadas, ¿no se sentían acaso conmovidas y transformadas cuando habían tenido la dicha de ser testigos de su quehacer cotidiano, de sus actos, realizados todos con sumo esmero, de escuchar sus palabras inflamadas en ardor celestial, de contemplar ese fuego divino irradiando en su rostro lleno siempre de amabilidad indescriptible, fuego que sabía comunicar y conservar en los corazones de una manera extraordinariamente admirable y constante?».

Las mismas palabras escribe el Hno. Adrien a los Hermanos residentes en América: «¿No estaba totalmente inflamado en el amor de Dios?...»

El mismo Hno. Policarpo repetía gozosamente: «Nuestro Dios es un fuego devorador»; y «¿Puede ser tibio un religioso si se acerca a Dios que es como un fuego devorador?...».

El 16 de diciembre de 1851, escribía al Hno. Alphonse: «Camine en la presencia del Señor, procure obrar en todo momento movido por razones sobrenaturales, sobre todo por la gloria de Dios y su propia salvación. Ahí tiene los dos objetivos espirituales que han de guiar a todo hombre que conoce su fin último.»

La gloria de Dios constituye el objeto de todas sus acciones; esta gloria es la que han de buscar los religiosos en todas sus obras.

Durante su vida entera, no hizo otra cosa que buscar la voluntad de Dios. El Hno. Adrien escribe: «Según decía el santo Superior, tan edificante durante la enfermedad como lo había sido a lo largo de toda su vida: ‘la voluntad de Dios, y nada más que la voluntad de Dios’».

Una de las más bellas características del amor es el agradecimiento de los divinos favores, expresado en acción de gracias y en alabanzas por la bondad e infinita munificencia divinas.

Este sentido de gratitud sobresale en la vida del Siervo de Dios, tal como leemos en su biografía: «¡Oh! ¡Qué necesidad experimentaba de agradecer a Dios sus beneficios, de ofrecerle todo su ser y toda su vida en acatamiento! Transido de amor y de viva gratitud, expresaba de esta manera los sentimientos y los anhelos de su alma: «¿Cómo le pagaré al Señor todos los bienes de que me ha colmado, sobre todo llamándome a la vida religiosa?...».

A menudo hace referencia el Siervo de Dios al don total de sí mismo al Creador, y su corazón prorrumpe en protestas de fidelidad y amor: «¡Se acabó, Dios mío! ¡Quiero ser

todo vuestro en el tiempo y en la eternidad!».

Inflamado en la caridad de Cristo, el Siervo de Dios no escatima esfuerzos para conseguir que sus Hermanos sean devorados por ese mismo fuego, ya que un amor ferviente hace que el alma se venza a sí misma y abraza con fe y paciencia los sufrimientos y las contrariedades de la vida diaria. Por lo cual, contempla las tribulaciones como una señal de predilección divina: «Sé por experiencia que las pruebas y las tribulaciones son el sello de las obras de Dios».

Exhortaba de manera admirable a sus Hermanos a la santidad, la cual consiste en la imitación de Jesucristo y constituye la condición primera para conseguir una vida religiosa aceptable y sólida. En todo momento, dice el Hno. Basilien, el Siervo de Dios se proponía un doble fin: su santificación personal y la de las almas que le habían sido confiadas. «Si el Hno. Policarpo –dice el Hno. Urcize– saboreó las delicias de esa vida celestial, también se esforzó por atraer hacia ella con suavidad a las almas que dirigía por los caminos de la santidad.»

El mismo Hno. Policarpo decía: «No olviden, queridos Hermanos, no olviden que uno de los puntos esenciales de su progreso en la virtud es que sepan retirarse con frecuencia a la soledad de su propio corazón. Mientras andan ocupados en las cosas terrenales, recójense unos instantes, eleven su espíritu al cielo y provoquen ardientes afectos en su interior; de este modo permanecerán en estado de oración continua».

El Siervo de Dios consideraba siempre la parte sobrenatural del acontecer diario, «haciendo observar el lado sobrenatural de las cosas y de los acontecimientos», como declara el Hno. Vozy. Al Hno. Ambroise le escribía: «En cuanto a nosotros, ¿a dónde iremos a parar en medio de un mundo tan corrompido? No es, pues, de extrañar que algunos de los nuestros le envidien, y yo el primero».

Desprecia el mundo por amor a Dios y, en las Reglas generales, invita a los Hermanos a huir de todo lo que el mundo estima. Tolera difícilmente que los religiosos visiten con excesiva frecuencia a sus padres, que se aficionen a músicas y canciones, que organicen sus vidas guiados por la sabiduría y la falsa prudencia de un mundo que margina a Dios y no acierta a levantar el espíritu por encima de las preocupaciones de la tierra. En efecto, dice con frecuencia: «Muramos al mundo, seamos otros crucificados».

a) *Espíritu de oración del Siervo de Dios*. Viendo cómo ardía en el fuego de la divina caridad, fácilmente podemos comprender con qué anhelo suspiraba estar a solas con Dios. Ya desde su infancia la oración era dulce y suave a su corazón; en religión, el verdadero espíritu de oración hacía las delicias de su alma, hasta el punto de que se le pudo definir como: «Hombre de oración y de meditación».

Entre sus propósitos, se lee el siguiente: «Ser absolutamente fiel a los ejercicios de piedad establecidos»; a esta resolución fue fiel durante toda su vida.

Para conseguir los fines que persigue, concede máxima importancia al espíritu de oración; se propone hacer la meditación con toda la perfección posible; ser fiel al examen de conciencia, tanto particular como general, según el método de San Ignacio; tender hacia Dios por la oración asidua, etc.

Ejemplo de todas las perfecciones, dice la biografía que pasaba de la oración a la acción y de la acción a la oración.

Lleno de amor de Dios, con ocasión del Año Santo celebrado en 1850, escribe una circular a toda la Congregación pidiendo oraciones especiales por la conversión de los pecadores; trabaja con todas sus fuerzas para que el espíritu fervoroso, considerado por él como fuente de bendiciones y firme columna de una casa religiosa, no llegue a faltar nunca entre los Hermanos; lucha contra la tibieza espiritual; recomienda la práctica de las oraciones jaculatorias y el ejercicio de la presencia de Dios; enamorado de la meditación, manda a sus Hermanos que no la descuiden. A este respecto les dice:

«Entren en la soledad de su corazón y verán el abismo de miseria que hay en ustedes». En sus Reglas prescribe que, cada mañana, se entreguen a la meditación al menos durante media hora. Y añade: «Tendrán en gran estima este santo ejercicio y lo considerarán como el primer y principal de los ejercicios del día y como el más eficaz para atraer sobre ellos y sobre sus alumnos las bendiciones del cielo».

A los Hermanos, les hace comprender la necesidad que tienen de los ejercicios de piedad, elogia a aquellos que saben apreciar el valor de la soledad, les dice que el espíritu de oración es un componente esencial de la vida religiosa y les exige que sus múltiples ocupaciones no lleguen nunca a impedirles el cumplimiento de los ejercicios de piedad.

El Hno. Basilien dice: «La nota dominante de nuestro primer Superior fue el espíritu de oración que caracteriza a todos los santos. Ya desde su infancia, la oración hace las delicias de su corazón. En el estado religioso, se entrega a la oración con ardor seráfico.»

b) *Devoción especial del Siervo de Dios a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús.* El fervor del Siervo de Dios se manifiesta también en su amor a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús.

El principal testimonio de este doble amor lo aporta el Hno. Benjamin: «Sólo Dios conoce los ardores amorosos de esta bella alma, inmersa en éxtasis indescriptibles. ¡Qué inefable alegría se veía relucir en su rostro cuando había participado en el sagrado banquete! Contemplándolo en esos momentos, podía hacerse una excelente y utilísima meditación. Y cuando su alma se encontraba así unida al Corazón divino, ¡qué impulsos de amor le movían a desbordar su propio corazón en ardientes exhortaciones acerca de esta especial devoción del Instituto!»

Y no de menor importancia es el testimonio del Hno. Basilien: « El altar, el sagrario y el sacrificio de la misa le abismaban en indecibles raptos de amor. ¡Qué inefable estremecimiento el suyo, si le hubiera sido dada, como a nosotros, la dicha

de recibir la comunión diaria...!»

En sus Reglas, dispone que los Hermanos recen todos los días el Oficio Parvo del Sagrado Corazón, las letanías de la divina Providencia y las del Sagrado Corazón con sus oraciones respectivas. Quiere que eleven frecuentemente su espíritu hacia los Corazones de Jesús y de María y que reciten la siguiente oración: «Corazón de Jesús, abrasado en nuestro amor, haced que todos nuestros Hermanos habiten siempre en Vos». En el encabezamiento de sus cartas, ponía: «Vivan los Sagrados Corazones de Jesús y de María», palabras que constituyen la divisa del Instituto.

En la biografía del Siervo de Dios, se habla con profusión y entusiasmo de su devoción a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús: en estas devociones, encuentra abundantes alegrías espirituales; desea que sus Hermanos comulguen varias veces a la semana y les dice: «No olviden que son Hermanos del Sagrado Corazón y que, a causa de esa condición, deben de arder en las mismas llamas que le consumen.»

El Siervo de Dios, dice el Hno. Basilien, realizó en su vida el paradigma del Hermano del Sagrado Corazón.

Quería que los Hermanos se unieran espiritualmente a la Iglesia a lo largo de los diversos tiempos del año litúrgico, de modo que participaran en sus dolores y alegrías. En el último día de carnaval, cierto profesor pidió «Deo gratias», es decir, permiso para hablar. Un largo «chsssst» del Siervo de Dios hizo enmudecer al pedigüeño. Los pensamientos del Hno. Policarpo estaban puestos en Jesucristo triturado por las maldades del mundo.

c) El amor filial hacia la Bienaventurada Virgen María.

Desde su juventud, el Siervo de Dios profesaba una ardiente devoción a la Virgen María, dirigiéndose a ella con fervorosas oraciones, al recordar las gracias y favores que Dios le había concedido. Su piedad mariana se nutría con la contemplación de los misterios en los que María aparece unida a su Hijo en la redención del género humano.

Cuando meditaba los misterios del nacimiento, pasión y resurrección de Cristo, sentía transformarse su alma e inflamársele el corazón.

Siendo adolescente, en lo alto de una colina conocida con el nombre «de la Era», situada junto a un prado, erigió una pequeña ermita en la que expuso una imagen de la Virgen. En este lugar rezaba y entonaba cánticos que él mismo había compuesto o que su madre le había enseñado; y a ese mismo sitio, cuando era ya maestro, ‘peregrinaba’ a veces con sus alumnos, sobre todo, los días de vacación.

Sin duda alguna, fue el Siervo de Dios quien, hacia 1840, buscando el bien espiritual de los novicios, fundó la cofradía del Inmaculado Corazón de María, y quien la asoció a la Archicofradía del mismo nombre, existente en la Iglesia de Nuestra Señora de París. El nombre del Hno. Policarpo encabeza la lista de los miembros de dicha cofradía.

Quiere que la acción de gracias posterior a la comunión, se termine con el rezo de tres avemarías por el bien general del Instituto; desea, además, que los Hermanos se mantengan unidos a los Sagrados Corazones de Jesús y de María por medio de frecuentes invocaciones.

Hacía cuanto estaba en su mano para que sus alumnos conocieran las glorias de María, sus misericordias y los prodigios de su gracia.

Cuando la ciudad del Puy quiso erigir un monumento a la Virgen en el monte Corneille, que domina la ciudad, el Siervo de Dios escribió a sus Hermanos en estos términos: «Nuestra Congregación no puede permanecer indiferente ante esta manifestación de una diócesis en la que se afincó desde su nacimiento, en la que se ha desarrollado y en la que se le dispensa una protección tan paternal por parte de los obis-pos que han venido sucediéndose». Mandó a los religiosos que pidieran a todos los alumnos una limosna, por pequeña que fuera, y que esta colecta se ofreciese a modo de obsequio generoso para la Virgen María.

Aprovechaba cualquier ocasión para inculcar en sus Hermanos un amor cada vez más grande hacia María: «Sí, queridos Hermanos, imitemos a esta Madre admirable y, pronto, llenos de amor divino, despreciaremos los apegos terrestres.»

d) *Otras devociones del Siervo de Dios.* Junto a su piedad mariana, el Siervo de Dios tenía un amor especial al Ángel de la Guarda: «Tendré una tierna devoción a la Santísima Virgen y a los ángeles custodios». Además, en sus Reglas, prescribe oraciones a San Ignacio y a San Luis Gonzaga.

5. *Caridad del Siervo de Dios hacia el prójimo*

La bondad y la caridad del Hno. Policarpo van unidas de tal modo que actúan al unísono y se completan mutuamente.

En su adolescencia, se observan ya ejemplos de caridad con el prójimo, como asevera Camille Allemand mediante estas palabras: «Hippolyte practicaba la caridad y la limosna dando a los pobres las ropas que habían sido desechadas. Lo hacía incluso a escondidas de sus padres, y uno se pregunta si no recibiría alguna reprimenda por ello.»

En religión, tanto al desempeñar el cargo de maestro de novicios, primero, como después el de Superior General del Instituto, el Siervo de Dios gobernó más por la caridad que por la disciplina rígida. Así se ganaba el afecto de sus Hermanos. Mientras fue Superior, trabajó cuanto pudo para desarrollar el espíritu de caridad en los corazones de los religiosos. Escribe en sus Reglas generales: «Tendrán entre sí *una gran caridad*, un cordial afecto, *una unión perfecta*. Amarán a todos sus Hermanos sin distinción

alguna, evitando con cuidado las amistades particulares y las conversaciones privadas, que con frecuencia son la ruina de las comunidades.»

Solícito del bien espiritual de sus Hermanos, reprende a uno de sus religioso que estaba en peligro de perderse, haciéndole volver al noviciado para afianzar su vocación; mani-fiesta una gran caridad e interés por la salvaguarda de la vida espiritual de sus religiosos y ruega al párroco de Yseure que no cargue con excesivo trabajo a los Hermanos; eleva su voz contra el espíritu partidista cuando escribe al Hno. Alphonse el 21 de octubre de 1858, pues somos propiedad de Cristo crucificado; quiere locales idóneos para vivienda de los Hermanos y provistos de todo lo necesario para una escuela.

Como hace notar el Hno. Adelphe, era notable la predilección del Siervo de Dios no sólo hacia los alumnos sino también hacia los extraños.

Se compadecía, con paternal solicitud, de los males de sus Hermanos; así, si algún Director era excesivamente severo con sus inferiores, le reprendía enérgicamente. En ocasiones, hasta llegó a dar a los inferiores alguna cantidad de dinero para que pudieran comprarse aquello que necesitaban. Lamentaba que los directores no tuvieran en cuenta sus recomendaciones. Haciéndose eco de las palabras de un contemporáneo, el Hno. Basilien escribe: «Tenía un corazón de oro», ya que el Siervo de Dios poseía una gran delicadeza.

Cuenta el Hno. Benjamin que las cartas que recibían del Siervo de Dios eran motivo de gran alegría: «Deseábamos con toda el alma tener carta de padre tan bondadoso, la recibíamos rebosantes de gozo y felicidad; a veces nos sucedía no poder leerla sin que se nos saltaran las lágrimas.

En todos los actos de la vida del Siervo de Dios destaca su caridad: perdona fácilmente a los Hermanos que confiesan sus faltillas; se muestra locuaz al hablar de las cualidades y virtudes de los Hermanos pero procura callar sus defectos; no oculta su gran amor por los ancianos y los jóvenes; en cuanto se entera de que el Hno. Victorien ha huido de casa tras haber sufrido ciertas contradicciones por parte de

algunos, sale en su búsqueda y lo reintegra a la comunidad. A ejemplo de Jesús, en el día de Jueves Santo, todos los años lava los pies a doce Hermanos; si resulta indispensable corregir a alguien, quiere que se haga con amabilidad y caridad cristiana; exhorta a los Hermanos de América a vivir unidos por los lazos de la caridad perfecta.

Visitaba anualmente todas las casas del Instituto y, llevado por su ardiente caridad, aceptaba con ánimo siempre alegre los sacrificios que eso le suponía.

Las visitas del Siervo de Dios eran fuente de preciosos y ubérrimos frutos: «Uno se sentía movido por un renovado celo, lleno de ánimo, de estima de la Regla, de amor al deber y resuelto a cumplirlo lo más perfectamente posible».

En el trato con sus inferiores, y con todos los demás, se mostraba siempre sencillo y afable .

La contemplación de calamidades o de personas afligidas por el dolor, conmovían al Siervo de Dios, incluso, hasta las lágrimas.

El ejemplo de su caridad hizo florecer esta virtud en todo el Instituto a pesar de la diversidad de caracteres.

Todas las cartas del Siervo de Dios rezuman caridad.

Sin caridad, decía, no reina la paz ni la bondad en las comunidades. Animaba de continuo a sus Hermanos a vivir «con sentimientos de la más perfecta caridad, para que todos tengan un solo corazón y una sola alma». Las exhortaciones a sus Hermanos iban siempre impregnadas de caridad: «Por este motivo, el Hno. Policarpo no cesaba de recomendar a sus Hermanos el apoyo mutuo y esa unión, esa unidad de pareceres y sentires, esos santos afectos, que constituyen un gusto anticipado de la felicidad y alegrías del cielo.»

6. *El celo especial por la salvación de las almas.*

A lo largo de toda su vida, pero de manera especial mientras fue Superior General de la Congregación, el Siervo de Dios puso cuanto estuvo de su parte para lograr el bien espiritual de los religiosos y de los alumnos.

Se afirma que su amor era fuerte como la muerte, su celo, indomable como el infierno y ardiente como el fuego.

Este celo se vislumbraba ya siendo niño cuando repartía caramelos entre sus compañeros para que aceptaran sus buenos consejos. Refiriéndose a esto, Camille Allemand dice: «Era ya un apóstol».

Llevado de su celo pensó en ser sacerdote pero, al parecer, desistió de tal propósito siguiendo los consejos de su propio párroco.

Ingresado en la Congregación, sobresalió este celo en cuantas funciones desempeñó, y de modo especial en su misión de Superior General.

Con el fin de avanzar en la vida espiritual, hizo el siguiente propósito: «Procuraré ejercer una gran vigilancia sobre mí mismo y sobre cuantos la Providencia me confíe».

Inflamado por el deseo de perfección, deseaba comunicar a los Hermanos ese mismo santo ardor: «Para ser hombre, hay que actuar por la razón; para ser cristiano, hay que crucificar su propia carne; para ser santo, hay que morir a sí mismo e imitar la vida del divino Salvador».

Junto al espíritu de fe, destaca su sentido del deber, de donde proceden su vida de trabajo, su práctica constante del sacrificio y su fidelidad a la gracia: «Así, lleno del espíritu de Dios, caminaba con paso firme por las vías de la santidad, exhalando en torno a sí el perfume del buen ejemplo e irradiando el brillo de las virtudes más admirables».

Inculca en los Hermanos el espíritu de oración; andaba continuamente animado del celo que busca la expansión del Reino de Dios y la perfección de las almas: «Si el

Hno. Policarpo saboreó las delicias de esa vida celestial, también se esforzó por atraer suavemente hacia ella a las almas que dirigía por las vías de la santidad.»

Puso todo su empeño en favorecer la perfección religiosa de los Hermanos. Dice el Hno. Albéric: «Todos los Hermanos se sintieron felices al comprender que tenían a la cabeza un hombre de gobierno y un santo. Los novicios fueron formados con esmero en el estudio y en la práctica de la vida religiosa. Las frecuentes visitas, las sólidas enseñanzas, una constante vigilancia de los intereses materiales y espirituales de las comunidades y una suave y paternal firmeza, levantaron de nuevo el ánimo decaído de los profesos... Se reanimó el fervor en las almas; el celo resultó más instruido y ardiente; las Reglas, en fin, redactadas en sus líneas directrices fundamentales y promulgadas sin demora, se observaron con puntual fidelidad.»

Exige a sus Hermanos que sean fieles al estudio del catecismo: «Es tan importante este estudio que no se me ha ocurrido ponerlo en ellas, pues estoy persuadido de que la alta estima que deben tener de él hará las veces de Regla a este respecto.»

Las cartas del Siervo de Dios muestran con claridad que su meta esencial era siempre la formación de buenos religiosos. Ruega al Hno. Marie-Jérôme que sea fiel a sus ejercicios de piedad; escribe al Hno. Ambroise que debe aprovechar su soledad para santificarse cada vez más; indica al Hno. David cómo ha de actuar para corregir a uno de sus religiosos; recomienda al mismo Hermano el espíritu de pobreza; en carta dirigida al Hno. Alphonse, rechaza enérgicamente el espíritu de camarillas que divide a los Hermanos franceses y americanos; felicita al Hno. Louis-Lambert por haber salido victorioso en su lucha contra las pasiones; les dice a todos los Hermanos que la obligación primera de la vida religiosa es la tendencia a la perfección.

Digna de notar es la carta, rebotante de amor y celo, enviada al Hno. Jubin, que estaba a punto de abandonar la Congregación.

Hasta las cartas puramente administrativas ofrecen no pocos ejemplos del interés con que velaba el Siervo de Dios por el bien espiritual de sus Hermanos. Ruega al párroco de Massiac que no muestre preferencia por ningún Hermano, no sea que llegue a creerse indispensable; la vivienda de los Hermanos ha de contar con un mínimo de comodidades; ruega al párroco de Allanche que ponga fin a cualquier tipo de abusos y que repare convenientemente las dependencias de los Hermanos; hace valer sus derechos en la selección de Hermanos para las escuelas; vela por que no les falte cuanto sea necesario para vivir con salud; prefiere que las casas estén agrupadas para poder visitarlas más fácilmente; pide con insistencia al Vicario General de Moulins que haga lo posible para que los Hermanos puedan cumplir satisfactoriamente su deber de estado, sobre todo, en aquello que concierne a su vida espiritual; llama inmediatamente a cierto Hermano que está en peligro de perderse, al enterarse de su problema.

Enseña el Siervo de Dios que, en cualquier situación política, hay que permanecer fieles a los deberes religiosos del Instituto: «En tiempo de república, lo mismo que en cualquier otra época, hay que amar mucho a Dios, cumplir exactamente los votos, practicar las Reglas puntualmente y trabajar con todas las fuerzas en la educación religiosa y moral de los niños para hacer de ellos buenos ciudadanos, hijos sumisos de la Iglesia y santos para el cielo».

Dirigiéndose por escrito a todos los religiosos, el Hno. Adrien hace notar que el celo del Siervo de Dios dio a la Congregación prosperidad y estabilidad.

El trabajo de dirección y de formación al que se entregaba el Siervo de Dios rebasaba a veces sus propias fuerzas.

Sus mayores desvelos eran para el noviciado: «El objetivo hacia el que se dirigían todos los esfuerzos de su celo y de su continua solicitud.»

No menos importancia concedía a la formación doctrinal de los Hermanos.

Se preocupaba en particular por la observancia del silencio.

Todos los testigos destacan el celo del Siervo de Dios: “Entregado a la dedicación plena a sus alumnos, este santo religioso... lleno... de celo”.

7. La prudencia del Siervo de Dios

No faltan pruebas para demostrar que la prudencia fue un rasgo sobresaliente del Siervo de Dios. En primer lugar, tenemos el hecho de que supo disponer sabiamente las cosas para conseguir su último fin.

En su juventud se rodeó de las precauciones necesarias para cultivar las virtudes.

Abandonó con ánimo decidido el mundo para conseguir sus objetivos sobrenaturales.

Manifiesta su prudencia en la formación de los novicios y en la dirección de las escuelas, dando a los alumnos ejemplo de todas las virtudes.

Los Hermanos acogieron con gozo su elección como Superior General de la Congregación y dieron gracias a Dios porque, al fin, tenían un Superior capaz y prudente.

Como ya hemos dicho, se dejó guiar por la prudencia al redactar las Reglas.

Esta misma prudencia brilló intensamente en la desagradable situación creada por las pretensiones del abate Arnaudon quien, incluso después de la elección del Siervo de Dios para el cargo de Superior General, seguía arrogándose poderes que eran competencia exclusiva del Superior General y de sus asistentes.

Considerando prioritaria la formación de buenos religiosos, trata de eliminar los obstáculos que impiden la consecución de dicho fin:

— cambia al Superior de Murat y recomienda a su sucesor que se muestre prudente en las reprensiones;

- le desagrada que los religiosos pasen al estado sacerdotal por la repercusión que semejante cambio pudiera tener en los demás Hermanos;
- aconseja sabiamente a un Hermano sobre el método a emplear en las correcciones;
- para que un religioso joven se forme bien, no quiere que su madre le cuente a diario sus penas ni que quiera tenerlo con frecuencia junto a ella;
- ruega al párroco de Massiac que no manifieste preferencia por ningún religioso y que no haga creer a nadie que resulta indispensable;
- eran raros los permisos que daba a los religiosos para ir a visitar a sus padres;
- para seleccionar mejor las vocaciones, estableció un prenoviciado en Marvejols;
 - para proteger la vida espiritual de los religiosos, pide al párroco de St. Etienne-Vallée-Française que vele por ellos; con ese fin, le ruega que lea las Reglas de la Congregación;
 - actúa con prudencia a la hora de recibir donativos;
- reprocha al párroco de Yseure por sobrecargar de trabajo a los Hermanos, en detrimento de su vida espiritual.

La prudencia del Siervo de Dios adquiere máximo relieve en las advertencias que hace a sus Hermanos: «Es usted demasiado impulsivo, hijo mío; necesita calma, paciencia, estar atento y ser prudente. No castigue tanto, tenga en cuenta la diversidad de caracteres y prevenga las faltas para no tener necesidad de corregirlas».

La manera de comportarse con ocasión de la huida de un Hermano de Marvejols, denota la prudencia del Siervo de Dios. Tan pronto como tiene conocimiento del caso, se presenta en el lugar y arregla el asunto con satisfacción de todos. El Hno. Hilarion, narrador del hecho, termina diciendo: «Así es como el buen Superior sabía allanar las dificultades, devolver la paz y la armonía, utilizando diversos procedimientos según fuesen las circunstancias, procedimientos acompañados siempre de una incomparable destreza y domeñados por el corazón...».

La biografía del Siervo de Dios habla muchísimas veces de su prudencia. Es nombrado Director de la recién inaugurada casa de Paradis, y los novicios, «modelados por su experta mano, estimulados por sus sabios consejos y arrastrados por sus santos ejemplos, necesariamente habían de fortalecerse en la vida religiosa»; al conocer su nombramiento como Superior General, los Hermanos dan gracias a Dios «por haber concedido a la Congregación un Superior capaz de gobernar, un jefe con dotes de mando y con el ascendiente que confieren la prudencia, la sabiduría y la virtud»; en sus visitas anuales, recuerda a cada uno, «con franqueza y sabia moderación, la línea de conducta más apropiada»; para conseguir la perfección se propone, entre otras cosas, una estricta vigilancia de sí mismo; con su prudencia, contribuyó en gran manera a la prosperidad de la Congregación.

Los testigos hablan al unísono de su prudencia. El Hno. Albéric escribe: «Hombre de gran sentido común, de fe y entrega a su deber, empuñó con mano prudente y vigorosa el timón de la frágil barquilla que durante tanto tiempo había estado a merced de los vientos y tempestades».

Excelente es el testimonio que da el Hno. Adrien de la prudencia del Siervo de Dios, cuando escribe a los Hermanos residentes en América: «¡Oh, cuánta razón tenemos al llorar la pérdida de un hombre de tanta valía, quien, por su prudencia y recto proceder, supo dar un impulso tan eficaz a nuestro querido Instituto!».

Si leemos los consejos que daba para adquirir y cultivar las virtudes, vemos brillar al máximo la prudencia en el Siervo de Dios.

Después de resultar elegido para el cargo de Superior General, intenta ser luz y guía de todos los Hermanos y, a través de las virtudes y las buenas obras, los lleva de la mano por la escondida senda de la perfección evangélica: «Mas, si con tanto celo les prodigaba sus lecciones de sabiduría y virtud, también quería verlos responder a sus deseos, ser testigo presencial de su conducta en todos los aspectos de su vida de religiosos y educadores cristianos: de ahí sus frecuentes visitas a las casas del Instituto,

visitas que absorbieron buena parte de su existencia y que se vieron coronadas por el éxito de los resultados».

Junto a su firmeza, podemos apreciar una prudencia exquisita.

A sus prudentes consejos, generalmente añadía prácticas apropiadas para que resultasen más eficaces.

8. *La justicia del Siervo de Dios.*

Tras lo dicho acerca de las virtudes teologales del Hno. Policarpo, y especialmente sobre su amor a Dios, creemos que no se requieren largos discursos para demostrar que cumplió ampliamente sus deberes con relación al Creador.

Si echamos una mirada a su infancia y juventud, vemos manifestarse en él la virtud de la justicia, principalmente por su piedad filial: «En el trato con sus padres, era un niño modelo, siempre respetuoso y obediente»; colaboraba en la obtención de recursos económicos para la familia trabajando en el campo. Convertido en maestro de La Motte, su pueblo natal, se dedicó en cuerpo y alma a sus alumnos alimentando con sanos principios su vida cristiana: «Aunque les hacía trabajar mucho, los alumnos le adoraban».

Tanto el párroco como el alcalde, certificaron su buena conducta cuando hubo de presentarse a examen para obtener el título de enseñanza.

El Siervo de Dios supo cumplir con fidelidad y entereza los deberes que se derivaron de su profesión religiosa, hasta el punto de que todos los testigos coinciden en afirmar que fue un perfecto religioso. En efecto, en la biografía se lee: «Cada día más convencido de que no se hace el bien de manera eficaz si no es con el auxilio del cielo y por medio del buen ejemplo, continuó siendo para todos motivo de edificación y modelo de fervor y de observancia».

Resulta agradable recordar una vez más que, cuanto el Siervo de Dios emprendió y realizó, fue para la mayor gloria de Dios:

1) Todo cuanto hizo lo realizó a la mayor gloria de Dios, y este mismo fin propuso a todos sus Hermanos.

2) A lo largo de toda su vida procuró con todas sus fuerzas hacer siempre la voluntad de Dios. Así, en su última enfermedad repetía continuamente: «La voluntad de Dios, y nada más que su voluntad».

3) En repetidas ocasiones, da gracias a Dios por los beneficios recibidos; así sucede, por ejemplo, al recuperarse de la enfermedad que contrajo visitando las comunidades de la comarca de Issingaux; igualmente, cuando la Congregación ve nacer una colonia en América del Norte, escribe: «Mucho más, hemos dado infinitas gracias al cielo por habernos deparado una ocasión que, desde hacía largo tiempo, anhelábamos de todo corazón y con nuestros deseos más ardientes»; pero, sobre todo, da a menudo gracias a Dios por «haberle apartado del mundo»; con frecuencia, en efecto, decía: «¿Cómo le pagaré yo al Señor por todos los beneficios de que me ha colmado, en particular, llamándome a la vida religiosa? ¿No me ha concedido, acaso, los tesoros más preciosos: su misericordia, su amor, su Espíritu Santo, su único Hijo?».

Tras las ceremonias de la toma de hábito o de la profesión religiosa de nuestros Hermanos, el Siervo de Dios, radiante de gozo, y recordando las palabras del salmo *Ecce quam bonum*, decía de corazón: «Deo gratias»; a lo que todos respondían: «Amén».

El Siervo de Dios mostraba siempre sumisa deferencia con las autoridades religiosas.

Por carta, manifiesta su acatamiento con las siguientes palabras: «Presentando mi respetuosa sumisión al Sr. Obispo de Mobile...»; y concluye siempre con sentimientos de gratitud y veneración: «Quedo con el más profundo respeto...»; en otra carta, se expresa en estos términos: «Dígnese recibir, Sr. Vicario General, mis más profundos sentimientos de respeto, su muy humilde servidor...».

El mismo respeto muestra el Siervo de Dios hacia las autoridades públicas o privadas con las que debía relacionarse. A quienquiera que le hubiese hecho un favor, no se contentaba con decirle un simple ‘muchas gracias’; más bien, le manifestaba una y otra vez su ánimo agradecido por medio de humildes y amables sentimientos.

En cuanto a las leyes de la Iglesia y las Reglas de la Congregación, aparece siempre totalmente sumiso y respetuoso. Antes de presentar las Reglas de la Congregación a la Santa Sede para su aprobación, solicitó el visto bueno de todos los Obispos en cuyas diócesis tenía casas el Instituto; puso to-dos los medios a su alcance para formar a sus Hermanos en el espíritu religioso; la variedad de sus ocupaciones no fue óbice para que observara con fidelidad hasta los más nimios detalles de la Regla.

El Siervo de Dios deseaba que los directores fuesen, principalmente, una especie de modelos y reglas vivientes para sus inferiores: «Sean modelos perfectos para sus Hermanos. Inspírenles el amor a la observancia y a la virtud, mucho más a través de su conducta que con sus discursos: ya que la elocuencia de la acción es mucho más persuasiva que la palabra».

Puesto que tenía el conocimiento y la convicción de que la observancia exterior es fundamental para la vida religiosa, el Siervo de Dios añadía a esta observancia exterior actos interiores, sin los cuales es imposible el progreso espiritual. Guiado por este principio, observaba la Regla en toda su plenitud y recomendaba continuamente esta misma fidelidad a los Hermanos: «Que no se debiliten jamás la estima y el amor a la Regla, la fidelidad en practicarla de buen grado en todos sus puntos con generosidad y exactitud. Observar bien la Regla; para un religioso, ¡ahí está todo!».

Reprendía las inobservancias de la disciplina regular.

La tercera condición que consolida la vida religiosa, decía el Siervo de Dios, es la Regla, complemento y salvaguarda de los votos.

Durante toda su vida, el Siervo de Dios no sólo evitó hacer daño al prójimo, sino que procuró favorecerle con el mayor bien posible. Esta era su idea dominante: «La salvación de su alma, realizada mediante una perseverante fidelidad al cumplimiento de la misión que Dios le había confiado...». Su biografía continúa: «Desde la fecha en que fue nombrado Superior General hasta el final de su laboriosa carrera, se ocupó constantemente de su Congregación».

Tuvo un cariño especial a sus Hermanos, procurando más su salud espiritual que su bienestar material. Tenemos un ejemplo en la carta que escribió al párroco de St.-Etienne-Vallée-Française, a quien le había enviado religiosos para una nueva fundación: «Estoy convencido de que estarán en buenas ma-nos y que les servirá usted de mentor, consejero y apoyo. La fiel observancia de la Regla es para los Hermanos la salvaguarda de su conducta en cuanto educadores».

La entrega del Siervo de Dios a la Congregación y a to-dos los Hermanos fue extraordinaria: a su mayor bien consagró todo su esfuerzo y su obra.

9. La virtud de fortaleza en el Siervo de Dios.

A dos podemos reducir las características de la virtud de fortaleza: emprender cosas difíciles y perseverar en ellas.

En el camino de la virtud y de la perfección, el Siervo de Dios superó todos los obstáculos con grandeza de alma, actuando con tesón y constancia.

El Hno. Basilien, hablando de la separación del Siervo de Dios de su familia, dice así: «La separación fue dolorosa para ambas partes». Su voluntad, en efecto, estaba fortalecida con el auxilio de la gracia: «El Hno. Policarpo estaba dotado de una voluntad enérgica».

Tras su profesión religiosa, trabajó con ardor para conseguir una victoria total sobre sí mismo: «A esta lucha valiente y continuada, añadió el amor por la vida comunitaria, siendo el primero en el trabajo, en los ejercicios de piedad y en la observancia de las Reglas; y su fidelidad a todos los puntos del reglamento se veía además realizada por su modestia y madurez religiosa».

Como Superior, el Siervo de Dios acometió empresas realmente difíciles: de una Congregación débil y agonizante que había recibido en herencia, él la legó a su sucesor fuerte y vigorosa.

La ardua misión que le acababan de confiar requería mucha prudencia, firme autoridad y, al mismo tiempo, gran fortaleza de ánimo. Por eso hizo cuanto pudo para restaurar la disciplina religiosa mediante unas Reglas llenas de sabiduría; con caridad y firmeza al mismo tiempo, exhortó a sus Hermanos a la perfección, intentando hacerles comprender lo ventajoso que resulta seguir un buen proyecto de vida; creó nuevas comunidades; extendió el Instituto a América; visitaba anualmente las casas de la Congregación.

En Vals, trabajó intensamente con objeto de que los alum-nos fueran formados a la vida cristiana y en los deberes propios de su estado.

En su biografía, leemos: «Convertido en cabeza visible de una familia religiosa, se consagró a ella en cuerpo y alma».

Y en cuanto a la formación de los novicios, se lee: «En sintonía con el espíritu de la Iglesia, el venerable Superior empleó todos los medios a su alcance para favorecer una seria formación de los novicios».

Acerca de su firmeza en la corrección de las faltas disciplinarias, disponemos de no pocos testimonios. Leemos en su biografía: «Guiado y sostenido por el espíritu de mansedumbre, se mostraba tranquilo y resignado en las tribulaciones; atravesaba las tempestades de la vida con rostro sereno. De forma semejante se manifestaba cuando se trataba de bajar los humos a ciertos sujetos difíciles, de soportar las debilidades de cada uno, de reprender los defectos y negligencias de los culpables».

El Hno. Basilien atestigua: «A semejanza de Cristo, que lloró por Lázaro, expulsó a los vendedores del templo o anatematizó el orgullo farisaico, de igual modo, el Hno. Policarpo supo, con una firmeza llena de mansedumbre, pero a la vez tenaz,

corregir los abusos y exigir la observancia de la Regla. Los rigores de la disciplina, los practicó especialmente en su propia persona con voluntad inflexible».

En otra parte de la biografía, se lee: «Amante celoso de la disciplina, trabajaba denodadamente por mantenerla en todo su vigor, previniendo los abusos y corrigiéndolos con procedimientos enérgicos en caso necesario: a la mansedumbre unía la fortaleza, sin la cual casi siempre degenera en debilidad».

El Siervo de Dios no carecía ni de firmeza ni de fortaleza cuando la observancia regular estaba en juego o cuando peligraba la buena reputación de la escuela, de la Congregación

o de algún religioso, aunque esto pudiera significarle atraerse las iras de los patrocinadores de las escuelas, de los alcaldes municipales, de los párrocos, o de cualquier otra clase de personas. Sus cartas nos proporcionan abundantes ejemplos de ello:

.— sin ningún temor, y haciendo caso omiso de reclamaciones y protestas, efectúa un cambio de Director en la escuela de Murat;

.— al enterarse de que un Hermano ha pedido a las autoridades civiles que la Congregación sea reconocida oficialmente en el departamento de Rhône, le ordena que regrese inmediatamente a Paradis;

.— exige al párroco de Blesle que los locales destinados tanto a residencia de los Hermanos como a salones de clase, sean adecuados y estén provistos de las comodidades necesarias a la observancia regular. También escribe al párroco de Allanche rogándole que elimine todo cuanto pueda impedir a los Hermanos la observancia de las Reglas.

El Siervo de Dios se muestra enérgico con el párroco de Vici-Chatonnay respecto al uso de instrumentos musicales; de esta cuestión trata también en carta dirigida al párroco de Yseure.

Recuerda enérgicamente al Vicario General de Moulins que no se sobrecargue de trabajo a los Hermanos para que puedan cumplir íntegramente con todos los deberes religiosos propios de su estado.

Con el fin de velar por el bien espiritual de cierto Hermano, le cambia de Neuvic y escribe al Conde de Ussel rogándole que no se oponga.

«Si me he traído al Hno. Bernardin –escribe al párroco de Allanche– se debe a que deseo fervientemente la prosperidad de su escuela. He querido hacer ver al Director de Allanche que jamás toleraría que un director se ausentara de la comunidad durante seis días. Ausencias como esas son muy nocivas para la escuela. Al parecer, esta ausencia ha tenido lugar con la mejor de las intenciones...».

El Siervo de Dios quiere que el profesor no eclipse al religioso. Tenemos un ejemplo en el cambio del Hno. Felix de la comunidad de Murat.

Se resiste enérgicamente a enviar a un determinado religioso que había sido solicitado, si sabe que su vocación está en peligro.

A la virtud de la fortaleza se asocia la de la paciencia, con la cual, por amor a Cristo, soportó los sufrimientos físicos y morales.

En su biografía, se lee: «Caminando tras la huella de los santos, cuya vida es reflejo de la del Salvador, consiguió la perpetua paz de espíritu que está al abrigo de tempestades y tormentas».

Sobrellevó con paciencia las enfermedades que con frecuencia tuvo durante su vida. El Hno. Marie-Auguste dice: «Era el mes de abril de 1847. Durante la visita de las comunidades, al venir de Ardes a Condat, cayó enfermo de fiebre tifoidea. Lo cuidé y serví durante más de un mes y, en todo momento, fue motivo de edificación: sumisión, obediencia absoluta a todo lo que se le decía...».

Entre tantas adversidades como tenía que soportar: «Al Hno. Policarpo jamás se le escapó un grito, una carcajada, una palabra o un gesto de impaciencia. Su rostro siempre aparecía sereno, y una continua y graciosa sonrisa se dibujaba en sus labios».

A lo largo de su última enfermedad, aguantó los dolores con admirable fortaleza y si alguien intentaba levantarle el ánimo, respondía: «La voluntad de Dios, y ¡nada

más que la voluntad de Dios!». Así, su muerte «fue serena, animosa y edificante, tal como había sido su vida entera».

10. *La templanza del Siervo de Dios.*

El Siervo de Dios se ejercitó en el dominio de las propias pasiones desde su juventud; en efecto, siempre se mostró modesto y serio, indiferente ante las diversiones mundanas y amante de la vida laboriosa y escondida.

Su templanza brilló todavía más en la vida religiosa: «Su porte exterior sencillo y modesto..., su espíritu cultivado y serio, hicieron de él un miembro valioso y querido por toda la comunidad. Pero lo que más se admiró en él, junto a la radiante paz de espíritu reflejada en el semblante, fue su piedad sincera, su notable inclinación a la mortificación y su vida interior».

Es principalmente el Hno. Benjamin quien da testimonio del espíritu de penitencia del Siervo de Dios: «¡Qué constante y perfecto ejemplo de mortificación nos daba nuestro querido difunto Hermano Superior General; enemigo de toda comodidad, de toda búsqueda de sí mismo y de cualquier satisfacción de los sentidos, se mostraba particularmente edificante en el dominio de ellos; desaprobaba cualquier relajación y singularidad; quería seguir en todo la norma común; sufría con paciencia angelical las incomodidades, sin decir ni palabra cuando la molestia le afectaba sólo a él; en cambio, para los demás, su caridad era tan delicada, tan bondadoso su corazón, que era capaz de todo para aliviarlos espiritual y corporalmente».

Para domeñar sus pasiones, usó de la penitencia corporal mediante disciplinas y cilicio.

Se lee en la biografía: «La disciplina, que a menudo llegó a ensangrentar su cuerpo débil, y el uso del cilicio, fueron para él una fuerza y una prevención eficaz. Llevó este último instrumento de penitencia, que aún se conserva en Paradis, hasta el fin de sus días».

Afirma el Hno. Basilien que encontró un áspero cilicio utilizado por el Siervo de Dios y que parte de él se redujo a pequeños fragmentos para usarlos como reliquias.

Acerca del cilicio del Siervo de Dios, han aportado también su testimonio los Hnos. Eliézer, Bellarmin y Marie-Antoine, quien afirma: «También me dijo haber encontrado en ese momento sobre él, o junto a él, (no lo recuerdo muy bien) un cilicio en forma de escapulario que abarcaba toda la extensión del pecho y los hombros. Siendo novicio, vi este cilicio sujeto a una tabla».

El Hno. Policarpo rehuía el trato de favor hacia su persona, procuraba evitar cuanto halagase los sentidos y aprovechaba cualquier ocasión para imponerse algún sacrificio; prefería, con agrado, las cosas toscas a las refinadas:

.— por espíritu de mortificación, cuando iba a visitar las comunidades, muy a menudo hacía el camino a pie, incluso en pleno rigor del invierno;

.— el Siervo de Dios insistía mucho en la mortificación del silencio.

Sin embargo, aunque el Siervo de Dios predicó la mortificación, no descuidaba la salud de sus religiosos. Procuraba que no les faltase lo necesario, tanto en materia de alimentación como en el ajuar doméstico, y quería que los lugares de residencia gozasen de las condiciones apropiadas para la salud y el cumplimiento de las Reglas.

En el Hno. Policarpo brilló intensamente la virtud de la templanza manifestada en forma de mortificación y penitencia, gracias a las cuales soportaba siempre con ánimo sereno los trabajos y privaciones y afrontaba sin temor los riesgos de la naturaleza, aun a costa de poner en peligro su frágil salud y hasta su vida misma.

11 La humildad del Siervo de Dios

La humildad constituye la base y fundamento de todas las virtudes del Siervo de Dios. Amó esta virtud como un precioso tesoro y la cultivó con la máxima perfección a lo largo de toda su vida.

Tenía tan bajo concepto de sí mismo que decía a sus Hermanos: «¡Ay, cuán dignos de compasión somos! Las malas inclinaciones que nos arrastran al mal, las pasiones que nos ciegan y nos tiranizan, las llagas horribles del pecado que manchan y desfiguran nuestras almas, deberían ser para nosotros un motivo permanente de confusión y vergüenza, e inspirarnos menosprecio de nosotros mismos. Considerémonos como una vil basura arrojada a la calle y pisoteada por los viandantes».

La virtud de la humildad resplandece en las palabras y acciones del Siervo de Dios.

El Hno. Adelphe testimonia: «Como en todos los santos, el fundamento de las virtudes del Hno. Policarpo era la humildad. En este santo hombre, todo transparentaba esta virtud: su porte, sus modales, sus palabras... Jamás salía de sus labios ese 'yo' tan odioso; jamás hablaba de sí mismo, ni para bien ni para mal. En cualquier circunstancia, siempre que le era posible, se eclipsaba totalmente. Cuando le era dado realizar un acto de esta virtud, su rostro irradiaba alegría».

Siguiendo el ejemplo de Jesús, todos los años el día de Jueves Santo, en la celebración de la Cena del Señor, lavaba y besaba los pies a doce novicios.

Como, en el año de 1846, fuese reelegido para el cargo de Superior General con todos los votos de los capitulares, el Siervo de Dios trataba de librarse de esa carga y ese honor «protestando que, a pesar de todo, aceptaría si no estuviese convencido de que había otros Hermanos más dignos que él». En vista de que mantenía su negativa – incluso después de una segunda votación en la que nuevamente resultó elegido por unanimidad– sólo el voto de obediencia consiguió forzarle a aceptar el cargo.

Con razón, pues, escribe el Hno. Benjamin: «Su humildad y su mortificación rebasaban todos los límites; ¿se le vio vanagloriarse en alguna ocasión? Gustosamente se habría colocado en el último lugar, si no le hubiesen forzado a ponerse al frente de la Congregación. Ahí están los hechos para demostrarlo. ¡Qué violencia tuvo que hacerse para tolerar que le agasajaran, para que se celebrase alguna vez su fiesta!. En ocasiones, incluso, hubo que renunciar a ello»

El Siervo de Dios profesaba una gran veneración por los sacerdotes y autoridades eclesiásticas. En efecto, el Hno. Adelphe dice: «Siempre tuvo un gran respeto y una profunda veneración a los sacerdotes. Y recíprocamente, grande era la estima de que gozaba entre los miembros del clero que le conocían. ¡Cómo le veneraban! ¡Cuánto le querían!.

En las Reglas prescribe ejercicios de humildad tales como la corrección fraterna y el capítulo de culpas; quiere, además, que se le pida al Superior una penitencia por las faltas cometidas.

Se lee en sus exhortaciones: «Cuando tomen las comidas, anímense de profundos sentimientos de humildad y consideren su miseria al verse esclavizados a obrar como viles ani-males...» «Para ser hombre, hay que actuar movido por la razón; para ser cristiano, hay que crucificar su propia carne; para ser santo hay que morir a sí mismo e imitar la vida del divino Salvador».

La humildad es el rasgo que preside sus notas espirituales: «En ellas, todo respira humildad, amor de Dios y una voluntad firmemente resuelta a unirse a Cristo e imitarle asociándose a sus padecimientos».

Finalmente, el Siervo de Dios demostró ser humilde por su mansedumbre y bondad. «Practicó la mansedumbre con gran perfección; tan empapado estaba de esta virtud que, sin pretenderlo, le rezumaba de su lenguaje y forma de comportarse».

Si debía oponerse a religiosos de caracteres difíciles, era, precisamente entonces, cuando más benigno y humano se mostraba.

El Hno. Adelphe declara: «Sería imposible expresar hasta dónde llegaba la bondad del Hno. Policarpo. Esta bondad se dibujaba en todo su porte: en sus palabras amables, en su graciosa sonrisa, en su modesta y cándida mirada. No es de extrañar que encandilara a cualquiera».

Con toda verdad escribe el Hno. Adrien: «¿No estaba totalmente inflamado en amor de Dios, lleno de humildad, de abnegación, de modestia, de sencillez...? Pues esas son, precisamente, las virtudes que han caracterizado a los mayores santos».

12. *El voto y la virtud de castidad en el Siervo de Dios.*

Los testimonios son altamente elogiosos respecto a las buenas costumbres, seriedad y comportamiento en su juventud.

El mayor testimonio de su castidad nos lo facilita el Hno. Adelphe con estas palabras: «Aunque fue grande el amor del Hno. Policarpo hacia todas las virtudes, había una que ama-ba sin medida y que le hubiera gustado brillara sin mácula en todos los Hermanos. Era la virtud angélica, la pureza. Por leve que fuera, no admitía absolutamente nada que ofendiese a esta virtud: ni palabra ligera, ni gesto, ni sonrisa, ni caricia, ni postura... Él, tan bueno, tan caritativo, en modo alguno excusaba un descuido en este punto».

Si un religioso delinquía contra esta virtud, el Siervo de Dios –tan propenso a perdonar– se volvía inflexible; ni lágrimas, ni promesas, ni intercesiones conseguían doblegarle: el culpable era expulsado; y no aceptaba readmitir en religión a un sujeto que hubiera sido despedido por este motivo.

Por este amor a la modestia religiosa, exigía a los Hermanos que, en todo momento y en cualquier lugar, se comportasen digna y honestamente, de palabra y de obra: «Hermanos, hemos de actuar, hablar y comportarnos de tal manera que, tanto nuestros alumnos como las personas que nos rodean, se vean tentados a pensar que los Hermanos son de una naturaleza superior a la suya».

Con relación a la castidad y la modestia, hace sabias recomendaciones a sus Hermanos en las Reglas.

Desde su ingreso en el noviciado, el Siervo de Dios se ejercita con perseverante ardor en la práctica del pleno dominio de sus sentidos: «Se entregó, pues, a ese trabajo del espíritu que, favorecido por la gracia, somete al imperio de la virtud el reino tiránico de las apetencias inferiores»;

— siendo Director, inspiró en sus discípulos un profundo horror al pecado: «Con frecuencia les describía enérgicamente los peligros que rodean a los jóvenes: las malas compañías, lecturas peligrosas, etc... ¡Qué horror les infundía hacia el vicio y hacia todo cuanto pudiera empañar la flor de su inocencia!»;

— desea ardientemente que los religiosos resplandezcan por su modestia y mortificación, y procura alejar de ellos los peligros que pudieran atentar contra la virtud de la castidad. Ruega al párroco de Allanche que ponga fin a situaciones impropias de la vida religiosa, principalmente la presencia de mujeres en la casa;

— maceraba su cuerpo con disciplinas y cilicio; con el fin de conservar el dominio de sus sentidos y de su corazón, alimentó un ardiente amor a Dios, al Sacratísimo Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen.

13. *El voto y la virtud de pobreza en el Siervo de Dios.*

Fijos los ojos en Cristo Jesús, que se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con los verdaderos bienes, el Siervo de Dios era un enamorado de la pobreza: «Se consideró como un auténtico pobre, feliz de vivir y morir en la oscuridad y las privaciones voluntarias».

A los religiosos residentes en América les dice estas palabras: «No he experimentado desagrado alguno al conocer el estado de pobreza en el que se ven obligados a vivir. La pobreza de Jesucristo es un auténtico tesoro para los religiosos

quienes, para agradar a Dios, han hecho el voto de pobreza. Su obra prosperará mientras la pobreza reine entre ustedes».

Y, ciertamente, el Siervo de Dios se mostró lleno de celo en lo tocante a la observancia de la pobreza:

— estuvo siempre atento a no malgastar nada; por ejemplo, si necesitaba hacer una breve anotación y no conseguía un papelito, le dolía tener que recurrir a una hoja entera;

— invitaba a los postulantes recién llegados a deshacerse de sus pequeñas pertenencias: «El Sagrado Corazón les pagará estos ligeros sacrificios con el ciento por uno»;

— nunca prefirió las cosas caras o los utensilios de plata, durante sus visitas a las comunidades, llegaba incluso a quitárselos;

— reprendía severamente a los religiosos que, llevados por el culto al refinamiento, se complacían en los despilfarros, llamándolos «religiosos bastardos»;

— lanzaba severas invectivas contra quienes, despreciando la Regla, disponían sin permiso de las cosas o del dinero: «¿Para qué renovaron ustedes los votos en los últimos ejercicios espirituales si habían de arrepentirse poco tiempo después? Jamás hubiese creído que el amor a los bienes perecederos de este mundo habría de fascinarles hasta ese punto...»;

— en el capítulo décimo de sus Reglas, prescribe la pobreza como defensa de la Congregación y pide que se guarde y ame en toda su integridad;

— en las instrucciones enviadas a no pocos directores, les ordena que, en el uso y administración de los bienes materiales, actúen con prudencia, inteligencia y sentido de economía, conforme a las normas de la pobreza religiosa;

— a menudo inculca el espíritu de pobreza en las cartas personales que escribe a los religiosos y, a la hora de aceptar donaciones, él mismo actuaba con extrema prudencia;

El Hno. Marie-Auguste dice: «Amaba y mimaba la pobreza; exigía que se practicara». Con relación a los alimentos que tomaba en sus viajes, se atenía siempre estrictamente a lo establecido en las Reglas; y si por casualidad aparecía en la mesa algo que consideraba superfluo, como ocurrió en Saugues, rogaba que lo retiraran.

El Siervo de Dios, sin embargo, en manera alguna descuidaba los bienes

materiales de la Congregación; exigía máxima diligencia en su manejo, e instruía a los directores para que administrasen inteligentemente los recursos económicos y fueran congruentes con la pobreza religiosa.

Verdaderamente, anhelaba vivir «como los santos, liberado del dominio de las pasiones y muerto a todo lo perecedero.»

14. *Voto y Virtud de obediencia en el Siervo de Dios.*

Todos los testigos que hablan de la juventud del Siervo de Dios, se hacen lenguas de su obediencia, asegurando que «fue un chico ejemplar, respetuoso y obediente».

Estando ya en religión, desde los primeros años de su formación fue modelo de vida comunitaria pues siempre aventajaba a todos tanto en los ejercicios de piedad como en los demás actos de comunidad; «su exactitud en todos los puntos de la observancia regular se veía realizada por su modestia y seriedad religiosas».

No sin razón, tan pronto como acabó su noviciado, se le confiaron cargos de importancia capital: profesor formador de los novicios, dirección de la escuela de Vals, maestro de novicios, Asistente General...

Tan sólo por espíritu de obediencia, se vio obligado a aceptar el cargo de Superior General de la Congregación.

Concedió gran importancia a la obediencia a lo largo de su mandato como Superior General:

— dice en sus Reglas: «Para avanzar en la virtud, es su-mamente importante y absolutamente necesario que todos se consagren con ardor a la tarea de perfeccionar su obediencia, que reconozcan en el Superior o Director, quienquiera que fuere, al representante de Jesucristo Nuestro Señor y que profesen hacia él interiores sentimientos de respeto y amor». Describe, después, las cualidades de la obediencia,

así como su importancia y condiciones;

— sea implícita, o explícitamente, en sus cartas exhorta frecuentemente a los Hermanos a practicar la virtud de la obediencia;

— «Es posible que le cueste dirigir esa casa, pero ya sabe que el cielo sólo se compra con sacrificios. Un religioso no ha de buscarse a sí mismo; es esta última consideración la que me hace soportar con paciencia el cargo que la Divina Providencia me ha impuesto; ella le ayudará también a usted a sobrellevar las dificultades del suyo».

— «No hará usted su propia voluntad, sino la del Superior y, por consiguiente, la voluntad de Dios».

— en su circular del 12 de enero de 1848 escribe: «La quinta cosa que constituye la vida religiosa es el espíritu de sumisión a los superiores... Bajo ese título de ‘Superior’, no deben ustedes comprender a un solo hombre, sino a todos aquellos que tienen derecho a su obediencia;

— ruega al párroco de Massiac que procure no mostrar preferencia por ningún religioso en concreto ni le haga creer que resulta indispensable. Con delicadeza, pero a la vez con firmeza y decisión, el Siervo de Dios hace uso de su calidad de Superior a la hora de elegir a los religiosos que ha de destinar a una u otra escuela;

— recomienda obediencia al propio confesor y a todas las disposiciones de la Iglesia;

— llama a la Regla ‘expresión de la voluntad divina’ y exige obediencia a ella.

Como varón obediente que era, el Siervo de Dios cumplió a la perfección todas las funciones que le encomendó la obediencia a pesar de su débil salud: «Debía multiplicarse para llegar a cumplir, —tan perfectamente, además— todas las funciones que le habían encomendado».

Al igual que durante su vida, también a la hora de la muerte se comportó el Siervo de Dios como un modelo de obediencia, repitiendo continuamente: «La voluntad de Dios, y nada más que la voluntad de Dios».

III.-MUERTE Y SEPULTURA DEL SIERVO DE DIOS.

1. *Última enfermedad y muerte del Siervo de Dios.*

Como dijimos, la salud del Siervo de Dios estuvo en gran peligro en el año 1843 cuando, al regresar a Paradis tras una visita a las comunidades de Yssingeaux, se sintió tan mal que pidió le administraran los últimos sacramentos. Recuperada sorprendentemente la salud, escribía lo siguiente a sus Hermanos: «Aprovecho, mis queridos Hermanos, las primeras horas de convalecencia para agradecerles las oraciones que han hecho por mí durante la enfermedad que ha puesto en peligro mi vida. Si Dios se hubiese complacido en llamarme a su lado, le habría bendecido eternamente por ello. Pero quiere que mis débiles hombros sigan llevando la carga de la autoridad; que su santo nombre sea igualmente bendito».

En el mes de abril de 1847 volvía a caer nuevamente enfermo. Así habla de esta enfermedad el Hno. Marie-Auguste: «Corría el mes de abril de 1847. Al venir de Ardes a Condat, cayó enfermo de fiebres tifoideas. Personalmente cuidé de él y le atendí durante más de un mes, y me edificó continuamente: sumisión y obediencia absolutas – tanto al médico como al enfermero– a todo lo que se le decía. Me impresionó su recogimiento constante y su intenso fervor».

Pero las enfermedades frecuentes, la ingente labor de organizar y dirigir la Congregación, las incesantes visitas a las casas, la firmeza en la observancia regular, las ininterrumpidas penitencias... quebrantaron de tal modo su salud, que él mismo intuyó la proximidad del final de su carrera en la tierra. Llegó incluso a comunicar este presentimiento a sus Hermanos. He aquí sus palabras: «A sus buenos augurios, traten de añadir alguna fervorosa oración por mí, que no tardaré en llegar al final de mi carrera para acudir al Señor, a darle cuenta de todo lo que ha tenido a bien confiarme... (enero de 1858)». No obstante, ya en octubre de 1857, había dicho: «Adiós, adiós hasta la eternidad».

Toda la vida del Siervo de Dios fue una continua y seria preparación para la muerte pero, de manera especial, en los dos últimos años de su existencia las oraciones y los ejercicios de piedad se hicieron más frecuentes e intensos; redoblaban las prácticas de austeridad, y su corazón, desligado de las cosas terrenales, se complacía en el pensamiento de la eternidad.

El 27 de diciembre de 1858, advirtió el Siervo de Dios los primeros síntomas de la enfermedad que le arrebataría al afecto de sus Hermanos. El Hno. Adrien, quien junto al Hno. Marie-Jean comunicó la triste noticia a los Hermanos el 3 de enero del siguiente año, describía de esta manera los últimos instantes del Siervo de Dios: «El día de San Juan Evangelista, el virtuoso Superior a quien todos lloramos, recibió la comunión durante la misa; se encontraba un poco fatigado pero a nadie había dicho nada. A mediodía se acostó doliéndose de su habitual punzada en el costado; la enfermedad no parecía de cuidado, y el médico, que le visitaba a diario, decía que no había ningún peligro. La fiebre había desaparecido y nos tranquilizamos al verle tomar algunos alimentos; sin embargo, él, en lugar de sentirse confiadamente optimista, nos repetía continuamente que su final estaba próximo y que su misión en este mundo había terminado.

Únicamente por obediencia a su confesor, recibió el jueves la sagrada comunión; su deseo hubiera sido esperar hasta el viernes, a causa del presentimiento que tenía, mientras que el señor capellán lo único que pretendía era que recibiese el sagrado sacramento simplemente por devoción. El santo religioso tuvo el viernes algo de fiebre sin acusar ningún dolor; esta fiebre había desaparecido el sábado por la tarde, por lo que, tanto el médico como el capellán, sostenían que había experimentado una sensible mejoría, mientras que el enfermo opinaba y decía lo contrario. A las cuatro de la mañana del día siguiente, me llamaron y vi que nuestro querido enfermo, aunque no había tenido convulsiones, se acercaba a sus últimos momentos. Se llamó al capellán, el sacramento de la extremaunción fue administrado y recibido con plena lucidez y, unos instantes más tarde, sin esfuerzo aparente, nuestro virtuoso Her-mano Superior

entregaba su hermosa alma a Dios en medio de las lágrimas y amargos lamentos de los principales Hermanos de la comunidad».

Algunos detalles más sobre los últimos instantes del Siervo de Dios, que no aparecen en la carta del Hno. Adrien, los hemos conocido gracias a una carta que el Hno. André escribió a otro Hermano: «Hacia las cuatro de la mañana, empezó a notarse más agitada la respiración y más abatido el enfermo; tenía un poco de espuma a ambos lados de la boca. Se llamó a los asistentes, bajé yo también, el capellán llegó al mismo tiempo que nosotros y le administró la extremaunción... El enfermo tenía plena lucidez: hacía la señal de la cruz, se secaba los labios con el pañuelo, presentaba la mano y cerraba los labios para las unciones... Cuando concluyó, el señor capellán se fue a celebrar la misa con los niños que teníamos que llevar a San Paulino. Eran las cinco y cinco. El primer Asistente General y yo acompañamos al capellán hasta la mitad del pasillo. Regresamos de inmediato con el Hno. Administrador y el Hno. Victorien... Nuestro Reverendo Hermano se había dormido para siempre... El segundo Asistente acababa de darle dos cucharadas de tisana; al ofrecerle la tercera, vio que el enfermo levantaba los ojos; después... ¡se acabó! Eran las cinco y ocho minutos. Así, sin el menor esfuerzo, sin el menor ruido, voló al cielo esta santa alma: en la más perfecta paz, de manera silenciosa y recogida, como había hecho toda su vida».

El Siervo de Dios falleció el 9 de enero de 1859, a la edad de 57 años, 4 meses y 20 días. Gobernó la Congregación durante 17 años y 5 meses. El mismo día de su muerte, los asistentes comunicaron la triste noticia a todos los Hermanos de la Congregación.

2. Sepultura del Siervo de Dios.

El Siervo de Dios fue sepultado en un rincón del huerto de Paradis, donde se encontraba el cementerio. Sobre la tumba había una cruz con una placa en la que podía leerse su nombre.

En este lugar permaneció hasta 1927, año en que se procedió a la exhumación y reconocimiento canónico de sus restos mortales; de este reconocimiento existe un acta oficial.

IV.-FAMA DE SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS.

1. *Fama de santidad en vida.*

De cuanto se ha dicho hasta el momento, se deduce que el Siervo de Dios, sea a lo largo de su juventud, sea durante su vida religiosa, fue considerado por todos sus contemporáneos como un varón santo en quien, de manera especial, brillaban la caridad y la modestia; era tenido, además, por hombre de extraordinaria prudencia, inflamado por un ardiente celo de la gloria de Dios y el bien de su Congregación.

Sobre la juventud del Siervo de Dios, es de suma importancia el testimonio ofrecido por Auguste Blanchard, que habla de lo que les oyó contar a sus propios padres y convecinos. Este testigo vio al Siervo de Dios hacia 1852-53; afirma que su madre tenía la costumbre de ponerlo como modelo a sus hijos, hasta el punto de que él mismo llegó a decirle: «Ya nos cansa con su Politou». A Hippolyte, le llamaban familiarmente «Politou». Y a continuación, añade: «A juzgar por lo que he oído decir, Hippolyte era el modelo de todos los chi-cos, tanto en casa, como en la escuela o en la iglesia, y sus padres lo adoraban».

Jean-Joseph Camille Allemand, aportando también entre sus fuentes de información a un sobrino del Siervo de Dios, llamado Narcisse Coindre, declara: «Cuenta la tradición que, a Hippolyte, se le pueden aplicar las palabras de un himno de nuestra liturgia diocesana: *‘No hizo nada pueril’*; y que tenía siempre su mente ocupada en pensamientos sobrenaturales».

En la biografía se lee: «Al llegar a la edad de la adolescencia, el reino de la virtud se había afincado sólidamente en su corazón; esto se confirma con los siguientes datos proporcionados por el sacerdote más arriba citado: cuantas personas conocieron a Hippolyte Gondre coinciden en dar un excelente testimonio de él a todos los efectos. Acostumbrado desde muy pequeño a vivir en soledad y llevado de su inclinación natural a saborear sus delicias, nunca suspiró por las diversiones mundanas; sentía, más bien, repugnancia hacia ellas. Dócil a los sabios consejos y siguiendo las inspiraciones de su conciencia, prefería los gozos de la piedad y el cariño de la familia. La lectura, la oración y las prácticas de piedad eran para él verdaderamente atractivas. Mientras se celebraban los oficios religiosos en la iglesia, su postura respetuosa, su piedad sincera y sólida, constituían un motivo de edificación para toda la feligresía... De Hippolyte

Gondre por otra parte, se puede decir toda especie de bien, sin temor a apartarse de la verdad, añadía el señor cura-párroco de La Motte».

Después de su ingreso en la vida religiosa, todos los que tuvieron la suerte de vivir en su compañía, le consideraban como un verdadero santo:

— el Hno. Adrien

— el Hno. Bernardin: «El 13 de septiembre de 1841, el Capítulo General... eligió por unanimidad al Hno. Policarpo, a quien sus excelentes cualidades ya le habían señalado de antemano, y hacia quien todos los Hermanos profesaban una especie de veneración a causa de sus virtudes»;

— el Hno. Benjamin: «Sí, lo saben muy bien, de todas las personas que han tratado siquiera un poco, o apenas conocido, al Hno. Policarpo, no existe absolutamente ninguna que no haya admirado su vida y que no le haya contemplado a él mismo como a un santo»:

.— el Hno. Marie-Auguste;

.— el Hno. Mizaël: «y desde las primeras veces que le vi,

sentí una gran veneración por sus virtudes»;

— el Hno. Adelphe;

El Hno. Mizaël recuerda en su testimonio que, habiendo recibido en Paradis la visita de un tío suyo, sacerdote, quedó este tan impresionado por la modestia del Siervo de Dios, que exclamó: «Ahí tenéis un santo»; y volvió a casa admirado de la santidad del Siervo de Dios.

Igualmente, tras haber mantenido una conversación con

2. Fama de santidad tras su muerte

La fama de santidad del Siervo de Dios, fallecido en 1859, se extendió, tanto a nivel interno de la Congregación como fuera de ella; sin embargo, por circunstancias diversas, el proceso informativo no se inició hasta 70 años después de su muerte.

Hablando del óbito del Superior General en la circular del 13 de enero de 1859, el Hno. Adrien dice a los Hermanos: «Sentimos un vacío difícil de llenar; sin embargo, hemos de hacer lo posible para dar cuanto antes un sucesor a aquel que nos ha legado, como la más preciosa de las herencias, el recuerdo de su admirable sencillez, de su ardiente caridad, de su profunda humildad, de su total abnegación y de su rara modestia; en una palabra, de sus virtudes practicadas en grado heroico». Y termina: «¡Oh, santo religioso!, sed ahora, ante Dios, un intercesor más eficaz, si cabe, que cuando estabais sobre la tierra».

El mismo Hno. Adrien y el Hno. Jean-Marie, en carta fechada el día 9, califican al Hno. Policarpo de «hombre virtuoso».

En otra carta, del 17 de enero, realzan su santidad con palabras altamente elogiosas. Y en una más, dirigida por el Hno. Adrien a los Hermanos de América en la misma fecha, se lee: «Arrebatado al cariño unánime de todos sus hijos, este santo religioso no nos dejó sin herencia; hemos recibido de él, como legado, los numerosos ejemplos de sus virtudes, de los que toda su vida no fue sino una larga cadena».

El 14 de enero, el Hno. André, refiriéndose a él, le llama «el santo que acaba de dejarnos», «alma santa»; y sigue diciendo que «bendecía a Dios por haberle concedido la gracia de asistir a la muerte de un santo».

En acta del 24 de marzo, correspondiente a la elección del nuevo Superior General, se lee que el Hno. Adrien, en desempeño de sus funciones de primer Asistente, «ha abierto la sesión con un discurso que ha tratado, sobre todo, del Hno. Policarpo, recordando sus preciosas cualidades, celebrando sus virtudes y evocando su santa muerte. Los miembros de la asamblea se han unido a sus sentimientos..., pues todos ellos amaban y veneraban al digno Superior que la muerte les acaba de arrebatarse».

Los Hnos. Benjamin y Marie-Auguste expresan su convicción y la de todos los Hermanos cuando, en varias ocasiones entre los años 1882 y 1884, hablan con toda claridad de la santidad del Siervo de Dios. El primero aporta, además, testimonios de seglares.

Otro testimonio lo escribió el Hno. David en 1885.

Sobre este tema, se pueden encontrar abundantes testimonios en la biografía escrita por los Hnos. Eugène y Daniel bajo el mandato del Superior General, Hno. Adrien, que fue publicada en francés el año 1893. Se escribió principalmente para que los superiores conservaran fielmente la memoria y el espíritu del Hno. Policarpo y para que los Hermanos pudieran admirar e imitar sus ejemplos. Esta obra, sin duda, contribuyó a que se recordaran los ejemplos de virtud del Siervo de Dios y, por tanto, a que se conservara y extendiese su fama de santidad. Los autores de esta biografía terminan con esta exclamación: «¡Oh, religioso santo...!».

El Hno. Mizaël escribía en 1902: «Puedo asegurar que siempre lo miré como a un santo, y comparándolo con los demás santos, me parecía que tenía todas sus cualidades».

Testimonio del Hno. Adelphe en el año 1902: «El recuerdo de este santo varón tan bueno, tan caritativo, tan modesto, tan humilde, etc., ha quedado profundamente grabado en mi alma y en mi corazón».

La biografía del Hno. Adrien, publicada en el Anuario del curso académico 1907-08, se refiere con frecuencia al Siervo de Dios, calificándolo de «bueno», «santo», etc.

Los autores del Anuario de 1913-14, dan incluso mayor importancia al Siervo de Dios que al mismo fundador, P. An-drés Coindre:

«... El Rvdo. Hno. Policarpo nos ofrece el prototipo perfecto del Hno. del Sagrado Corazón. Modestia en sus palabras y acciones, desconfianza de sí mismo, sentimiento de dependencia, deseo de vida escondida, inmolación de sus sentidos, maceración de su carne, bondad suave, caridad inefable, tierno amor al Corazón adorable de Jesús: esa fue entre nosotros la imagen de nuestro primer Superior».

En una publicación de 1921, se comprueba que la fama de santidad del Siervo de Dios seguía permaneciendo viva. El autor, en efecto, lo presenta como el modelo al que los Hermanos deben imitar.

El Hno. Hilarion, que tuvo gran amistad con el Hno. Policarpo hacia los años 1849-59, proporcionó al Hno. Basilien algunos datos: «Mientras estuvo en Paradis, el Hno. Policarpo fue el alma de la casa. Le imprimió un carácter de observancia regular y a todos dio ejemplo de santidad religiosa».

A medida que se iba extendiendo el Instituto, se propagaba también la fama de santidad del Siervo de Dios. Los superiores generales se refieren con frecuencia a él y lo presentan como un modelo de vida religiosa. El 11 de junio de 1920, el Hno. Albéric escribía: «Todos los Hermanos comprendieron, felices, que tenían al frente a un hombre con dotes de gobierno, y santo».

El 27 de enero de 1927, el Hno. Urcize escribe: «El alma admirable del santo Hno. Policarpo, gustaba elevarse a esas regiones tranquilas y serenas de la vida divina, donde todo concordaba con las aspiraciones de su corazón, con las tendencias naturales de su espíritu».

A lo largo del proceso informativo habido en el Puy durante los años 1929-30, se interrogó a 17 testigos: tres, que vieron al Siervo de Dios y oyeron a otros que lo conocieron; nueve, que oyeron hablar de él a personas que lo conocieron; cinco aportaban sólo lo que habían oído contar a personas que no lo conocieron. Todos declararon que la fama de santidad del Siervo de Dios permanecía viva, tanto en el Instituto como en La Motte-en-Champsaur.

.Los favores y los presuntos milagros atribuidos a la intervención del Siervo de Dios.

Si examinamos las distintas narraciones de favores atribuidos a la intercesión del Siervo de Dios, percibimos que provienen, no tanto de una región o de una nación, sino de diversos lugares, incluso muy lejanos entre sí, en donde los Hermanos del Sagrado Corazón tienen casas. Este hecho nos demuestra que su fama de santidad está muy extendida.

De modo especial, estos son los favores que se atribuyen al Siervo de Dios:

- curación del Hno. Lucius, Hermano del Sagrado Corazón, en 1900;
- protección de un religioso y de sus alumnos con ocasión de un viaje (1912-1913);
- curación del joven Lambert (Kreuwels Lardinois) en la ciudad de Gabyse, Holanda (1927-1928);
- curación de Sor Willibrord, de las Hermanas de San José de Münster-Bilsen, (diciembre de 1927);
- curación de Sor Marie Thérèse, de la comunidad de Hermanas Unidas de Marvejols (Lozère), en el mes de octubre de 1927;
- curación del Hno. Marie Antonin Vidal (Hno. Privat), en San Sebastián, España, en 1928;
- curación de Auguste Trincal (Hno. Louis-Julien) en Riotord, 1927;
- curación del Hno. Constant, 1927-1928;
- curación de Marie Harris, en los Estados Unidos, 1928-1929;
- curación del Hno. Francisco, en San Sebastián, España, 1928;
- curación del joven Elzéar, sobrino del Hno. Ephrem en Canadá, 1926;
- curación del niño Laurent, en Canadá, 1927;
- curación del Hno. Alcide, en Canadá, 1925-1927.